La Novia Fugitiva del CAPITÁN

Una novela de la Regencia

CATHERINE BILSON

La Novia Fugitiva del Capitán

Una novela de la Regencia

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2021 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

TABLA DE CONTENIDO

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. La Apuesta del Corazón - capítulo de muestra
Otros libros de Catherine Bilson



CAPÍTULO UNO

AVA BRUNSWICK SE AFERRÓ a su capa con más fuerza y se apresuró por la calle tan rápido como se atrevió; no llegaba a correr, pero ciertamente caminaba más rápido de lo que la mayoría de las jóvenes respetables se atreverían.

De todos modos, la mayoría de las jóvenes respetables no serían atrapadas solas en la calle cuando estaba cayendo la noche, y ciertamente no estarían llamando a un coche de alquiler y pidiéndole al conductor que las llevara a los muelles, que era lo que Ava hizo a continuación. El conductor la miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No querrá ir allí, señorita. Los muelles de Bristol no son lugar para una dama, especialmente después del anochecer.

Ella extendió la palma abierta, con monedas brillando en ella; más de lo que el conductor ganaría en una noche, seguramente. Él se encogió de hombros y le ofreció una mano para ayudarla a subir. Ella dejó varias de las monedas en su mano; él las inspeccionó y las guardó dentro de su abrigo antes de tomar las riendas de su caballo.

Los altos mástiles se elevaban sobre los barcos amarrados a lo largo del río, picos negros contra el cielo que se oscurecía rápidamente mientras se acercaban. Ava se mordió el labio, mirando y preguntándose cómo determinaría qué barco zarparía primero.

El conductor detuvo el coche a un lado de la calle y se volvió para mirarla. —¿Aquí, señorita?

Ella dudó.

—Ya me pagó lo suficiente por una noche de trabajo. Me voy a casa con la señora después de esto, le daré a mi caballo una noche libre. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudarla primero... —se detuvo, aún observándola.

—Quiero un barco que zarpe hacia las Américas —dijo Ava rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión—. Esta noche, si es posible. El primer barco que zarpe a cualquier lugar, si

no hay uno para América.

—Dame unos minutos —dijo el conductor—. Preguntaré por ahí. —Bajó de un salto, acarició el cuello de su caballo y desapareció en un momento, tragado por la oscuridad.

Ahora hacía mucho frío. Ava recogió los pies debajo de ella en el asiento y se acurrucó en su capa, temblando. Pronto, sus dientes comenzaron a castañetear, y pensó que debería simplemente salir del coche. Podía ver luz en un edificio un poco más adelante, oír voces fuertes y botellas tintineando; era una taberna, seguro. Alguien allí podría decirle qué barco zarparía próximamente, y realmente no importaba si no se dirigía a América. Irlanda serviría. O Francia.

Cualquier lugar menos aquí.

A punto de bajar, Ava contuvo el aliento cuando un hombre salió repentinamente de la oscuridad y se acercó al coche. Era el conductor; le hizo un gesto con la cabeza y subió.

—Le encontré un barco —dijo escuetamente—. Debe zarpar con la marea de medianoche; están cargando los últimos suministros ahora. —Chasqueó la lengua a su caballo, y la bestia levantó sus cascos y trotó silenciosamente.

—¿Para Nueva York? —preguntó Ava esperanzada.

—No lo sé a ciencia cierta, señorita, pero dijeron que iba a las Américas. Ahí está —el conductor señaló con su látigo—. El *Stella Marie*.

Era un barco más grande de lo que esperaba, más largo y alto que el almacén detrás del cual estaba, con hombres corriendo por todas partes llevando cajas y barriles por la pasarela.

—*Stella Marie* —susurró Ava, y el nombre le dio un poco de fuerza, un pequeño impulso de esperanza de que tal vez fuera una señal—. Mi madre se llamaba Estelle.

—¿Qué dice, señorita?

—Nada. Gracias por su ayuda, señor. Tome. —Le entregó unas monedas más; él dudó, mirándola.

—¿Estará bien, señorita?

—Oh, por supuesto —dijo Ava alegremente, colgando su bolso en su brazo y ofreciendo su mejor sonrisa—. ¡Buenas noches!

Bajando de un salto del coche, caminó rápidamente hacia la parte inferior de la pasarela más cercana, una que, notó con gratitud, era bastante ancha. Un pasillo de casi un paso de ancho, con estrechos travesaños clavados a través de él para reforzarlo. Nadie la estaba usando en ese momento, así que comenzó a subir, con los hombros erguidos.

—¡Alto! —Un marinero se acercó al otro extremo de la pasarela, mirándola fijamente—. ¿Quién es usted, señorita?

—Una pasajera, espero. —Ava ofreció su mejor sonrisa de nuevo—. ¿Con quién hablo para comprar un pasaje?

—Con el maestro del puerto, señorita, pero es demasiado tarde, zarpamos en breve y su oficina está cerrada. Tendrá que tomar pasaje en otro barco.

Ava reunió toda su actitud más imperiosa y dijo: —Absolutamente no. Lléveme con el capitán, trataré directamente con él.

El marinero dudó, mirándola fijamente. —No creo que...

—Yo me encargo desde aquí, Briggs —dijo una voz profunda, y una figura alta se alzó detrás del marinero.

—¿Es usted el capitán? —preguntó ella, y él asintió, examinándola.

—Lo soy. ¿Y usted es?

—Una de sus pasajeras, espero. ¿Están zarpando hacia... Nueva York?

—Baltimore.

—Eso servirá.

Frunciendo el ceño, el capitán Edmund Hale se cruzó de brazos, preguntándose por qué una joven dama vestida con las más altas modas de la sociedad tenía tanta prisa por dejar las costas de Inglaterra. —Me dirá su nombre, antes de que sigamos hablando.

Ella dudó, pero finalmente dijo: —Señorita Brunswick.

—¿Y por qué tiene tanta prisa por dejar Bristol, señorita Brunswick?

—Tengo que llegar a América. Por favor. Puedo pagar. —Ella se estremeció, ajustándose más la capa y mirando alrededor, y él sintió una involuntaria punzada de lástima. Era una cosita pequeña, la parte superior de su cabeza ni siquiera llegaba a su hombro, y era una noche fría. No habría muchos más barcos zarpando hacia Baltimore este año; sería diciembre cuando completaran la travesía, y el Atlántico Norte sería peligroso con hielo flotante.

—Venga a mi camarote —dijo bruscamente—. Hace más calor allí, y puede explicarme.

La señorita Brunswick pareció dudar, pero él no le dio muchas opciones, dándose la vuelta y alejándose. Después de unos momentos, escuchó sus pies pataleando en la cubierta de madera detrás de él. Zapatillas en sus pies, pensó, ni siquiera botas, más adecuadas para un salón de baile que para los sucios muelles de Bristol o la cubierta de roble manchada de alquitrán de un barco.

—No sé su nombre —dijo ella mientras él abría la puerta del camarote y le hacía un gesto para que entrara primero. Ella miró alrededor con aparente interés, y él adivinó que nunca había estado a bordo de un barco antes.

—Edmund Hale —dijo él—. ¿Y el suyo es realmente Brunswick?

—¡Sí! Ava Brunswick. —Ella parpadeó hacia él, y a la suave luz proyectada por la lámpara protegida por vidrio en la mesa, vio que sus ojos eran muy azules, grandes y rodeados de pestañas espesas y largas. Su rostro era suavemente redondeado, casi querubín, pero no creía que fuera tan joven como parecía.

—Por favor, tome asiento —señaló las sillas atornilladas al suelo junto a la mesa igualmente fijada.

Ella titubeó.

—¿Es esto necesario? Ya le dije que puedo pagar. ¿Cuál es su tarifa habitual por un camarote de pasajeros?

—Veinte libras, pero no tengo ninguno disponible. Tendría que sacar a mi primer oficial del suyo, lo que desplazaría a todos los oficiales hasta el contramaestre, quien tendría que colgar una hamaca con el cocinero, y no estaría nada contento con eso. Así que dígame por qué es tan condenadamente importante que se suba a mi barco.

—Le daré cincuenta libras —desató los cordones de su bolso y comenzó a sacar billetes de banco, colocándolos sobre la mesa.

—Aún necesita responder a mi pregunta.

—¿Qué tal cien libras y no respondo la pregunta?

Era impetuosa. Casi se río.

—Veinte libras, y le daré cinco al contramaestre para compensarle por las molestias. Pero responde a la pregunta o la dejaré de vuelta en el muelle ahora mismo.

Ella lo miró fijamente y finalmente se encogió de hombros.

—Se supone que me voy a casar la próxima semana. No lo voy a hacer.

—No necesito problemas. ¿Alguien va a venir a buscarla?

—No mientras este barco zarpe antes del amanecer.

Edmund se río esta vez y caminó hacia la mesa. Recogiendo los billetes que ella había dejado, tomó cuatro billetes de cinco libras y le devolvió el resto.

—Muy bien, señorita Brunswick. ¿Tiene equipaje?

Ella negó con la cabeza, y él sonrió irónicamente.

—Ya veo. No puede llevar ese único vestido durante todo el viaje, ¿sabe? Veré qué pueden arreglar mis hombres, pero zarparemos con la marea de medianoche de todos modos, y lo que encuentren podría no ser a lo que está acostumbrada. ¿Ha pensado en lo que les dirá a los otros pasajeros?

Ella lo miró fijamente.

—Van a hacer preguntas sobre una joven soltera y sin acompañante, y cuando lleguemos a Baltimore, hablarán.

—Oh —se mordió el labio inferior—. Tal vez podría decir que soy, um, una viuda reciente. Viajando a Baltimore para, um...

Él suspiró, sin estar seguro de por qué el impulso de rescatarla de sí misma era tan fuerte. *Ya que estamos en el baile, bailemos*, supuso.

—¿Por qué no decimos que eres una prima lejana de mi madre, y que ella te ha invitado a visitarla? Eso te pone bajo mi protección como miembro de la familia. Ninguno de los pasajeros conoce a mi madre, o ya lo sabría, así que no deberían cuestionarte.

Esos grandes ojos azules inspeccionaron su rostro y luego se estrecharon.

—¿Por qué harías eso por mí? No sabes nada sobre mí.

—Hace tiempo —dijo—, mi madre huyó de un matrimonio que no quería y terminó en Baltimore. Allí conoció y se casó con mi padre, y resultó bastante bien para mucha gente. Así que digamos que estoy haciendo esto por ella —girándose hacia la puerta, comentó—: Será mejor que te quedes aquí por ahora, si crees que corres el riesgo de ser encontrada. Volveré cuando tenga un camarote disponible para ti.

Ella le creyó. Ava no estaba muy segura de por qué, pero pensó que el capitán Hale estaba diciendo la verdad sobre su madre, y creyó que genuinamente quería ayudarla. Aun así, mantuvo

su capa firmemente apretada a su alrededor y rezó para que sus hombres pudieran encontrarle al menos un cambio de ropa antes de que el barco zarpara.

De lo contrario, realmente no estaba muy segura de cómo iba a explicar las manchas de sangre.



CAPÍTULO DOS

EL CAPITÁN REGRESÓ UNAS horas más tarde y, para asombro de Ava, venía acompañado de una mujer, más bien una chica, de no más de dieciséis años, vestida con un sencillo vestido andrajoso. —Esta es Jane Collins —dijo Hale, señalando a la chica—. Su hermano es uno de mis marineros; quiere establecerse en América con él, pero aún no habían ahorrado lo suficiente para pagar su pasaje. Le dije que si estaba dispuesta a actuar como su doncella y acompañante durante el viaje, podría viajar, y usted le daría algo de dinero para ayudarla a establecerse cuando lleguemos.

—¡Por supuesto! —Asombrada, Ava se puso de pie rápidamente—. Encantada de conocerla, Jane. —Tener una doncella-acompañante le daría más credibilidad a su historia de viajar para visitar a una prima lejana, se dio cuenta de inmediato, y le dirigió una mirada de agradecimiento al capitán.

—Es un honor, señora Brunswick —dijo Jane con una reverencia—. Gracias por la oportunidad.

—Su camarote está listo —dijo Hale, e hizo un gesto—. Por aquí, por favor.

Ella lo siguió, aún sorprendida de que de alguna manera hubiera conseguido una doncella para ella. Más milagros le esperaban cuando abrió la puerta del pequeño camarote que sería suyo durante el viaje; había dos sacos abultados sobre la diminuta cama. Ella le dirigió una mirada interrogante.

—Sus nuevas pertenencias —dijo él con una sonrisa irónica—. Algunas cosas quizás necesiten arreglos, pero Jane me dice que es hábil con la aguja y el hilo.

Ava solo pudo pensar que debía haber gastado una buena parte de sus veinte libras para lograr todo esto tan rápidamente. —Debe decirme cuánto le debo, capitán —dijo ella—, pues es obvio que estoy significativamente en deuda con usted.

Él la observó en silencio por un momento, y finalmente dijo: —Creo que usted y yo deberíamos hablar más. Mañana, quizás; intentaré hacer tiempo. Por ahora, nos estamos preparando para

zarpar y tengo mucho que hacer.

En efecto, ella podía oír las botas retumbando en la cubierta mientras los hombres se movían; supuso que estarían soltando cuerdas e izando velas y todas las demás cosas que deben hacerse en un barco que se prepara para zarpar, de las cuales ella no tenía un conocimiento real.

—Gracias —dijo ella—, por todos sus esfuerzos. Sé que debe estar muy ocupado.

Él asintió y se fue sin decir otra palabra, dejándola con una curiosa sensación de desamparo. Al menos el camarote se sentía menos claustrofóbico sin él llenándolo; la habitación era diminuta, la cama no más ancha que su cuerpo aunque era de una longitud decente. Supuso que la compartiría con Jane. Podrían dormir cabeza con pies, pero sería un apretado ajuste. Esperaba que la otra chica no diera patadas.

—¿El capitán dijo que usted perdió sus cosas en un robo, señora? —dijo Jane, y Ava supuso que era una explicación bastante ingeniosa. El capitán Hale era un hombre inteligente.

—En efecto —dijo ella—, y no hubo tiempo de conseguir reemplazos a medida, pero el capitán Hale tuvo la amabilidad de intentarlo, al menos. ¿Veamos qué tan bien lo ha logrado?

Estaban clasificando el contenido de los dos sacos cuando el barco se sacudió ligeramente bajo sus pies; Ava extendió una mano para equilibrarse contra la pared.

—Me atrevo a decir que eso significa que estamos en marcha —dijo después de unos momentos —. ¿Has navegado alguna vez antes, Jane?

—No —Jane negó con la cabeza—. Pero mi hermano Tommy, él ha ido y venido a América cinco veces. Dice que es agradable allí. Mejor que Bristol. Ahora tiene una esposa y ella está esperando un bebé y por eso quieren que vaya a vivir con ellos —añadió.

—¿Tienes familia aquí que dejas atrás? —preguntó Ava, sacudiendo un vestido. De lana azul oscuro, era sobrio y de calidad media, evaluó; demasiado largo para ella, pero eso era fácil de arreglar. Estaba ligeramente húmedo, aunque olía muy limpio. ¿Habrían asaltado los hombres del capitán alguna lavandería? Mejor no preguntar, supuso.

—Estaba viviendo con mi hermana Emma, pero no me gusta su marido. Me mira de forma extraña cuando cree que Emma no lo ve —respondió Jane, y Ava pensó que esa era una razón tan buena como cualquier otra para marcharse sin previo aviso y mudarse a otro país. Le dirigió una mirada de simpatía a Jane.

El movimiento del barco se había estabilizado ahora en un lento balanceo, mientras avanzaban por el Severn hacia el mar abierto, supuso. No era demasiado difícil mantener el equilibrio. Sentándose en la cama, reprimió un bostezo. Ya era pasada la medianoche y no había comido en horas. Su estómago rugió ruidosamente justo cuando lo pensaba.

—¿Ese es su estómago, señora? —Jane soltó una risita—. ¿Se perdió la cena?

—Me temo que sí. ¿Crees que podrías molestarte en encontrar la cocina y ver si tal vez podrías pedir un trozo de pan para mí? De lo contrario, temo que los ruidos de mi estómago nos mantendrán despiertas toda la noche.

—Lo llaman galley, señora, la cocina de un barco. Iré a ver qué puedo conseguir.

En el momento en que Jane salió del camarote, Ava se puso de pie de un salto. Tenía que quitarse este vestido antes de que Jane regresara, y de alguna manera esconderlo, hasta que fuera demasiado tarde para que el barco diera la vuelta. Tal vez podría tirarlo por la borda en algún momento. Luchando por quitarse el vestido, levantó el delgado colchón de la cama y rápidamente extendió el vestido manchado de sangre debajo. Era el único lugar donde podía ponerlo donde Jane no lo encontraría inmediatamente. La sangre había traspasado hasta su camisa, así que rápidamente se la quitó y la añadió al escondite antes de envolverse con un chal alrededor de los hombros.

Luego vino el dinero; había puesto todos los billetes más pequeños en su bolso y usado una parte para pagarle al capitán por su pasaje, pero metido en dos bolsas más grandes que había atado a su enagua estaba todo el resto. Necesitaba tomarse el tiempo para contarlo, pero Jane volvería en cualquier momento, así que en su lugar se quitó la enagua, la enrolló alrededor de las bolsas para hacer una especie de almohada abultada, y apoyó la cabeza sobre ella justo cuando la doncella regresó.

—Conseguí algo de pan y un poco de queso, señora —informó Jane—. Parece cansada; será mejor que coma y se vaya a dormir.

—Tú también come algo.

—Oh no, gracias. Ya cené.

Mientras Ava comía, Jane se dirigió al único otro mueble en la habitación además de la cama, un baúl de madera que Ava pensó que probablemente estaba atornillado al suelo, al igual que las sillas y la mesa en el camarote del capitán. Al abrirlo, Jane sacó un enredo de cuerdas anudadas, dejándolas caer al suelo.

—¿Es algún tipo de red de pesca? —preguntó Ava después de tragar su bocado de pan.

—¡Válgame Dios, no, señora, es una hamaca! —Jane se rió—. El capitán dijo que habría una aquí, para que yo durmiera. Y mire, aquí hay ganchos para colgarla.

Cuando estaba colgada, la puerta no se podía abrir, observó Ava mientras Jane fijaba los extremos a dos ganchos en las paredes. —¿Y usted sabe dormir en una de esas? —preguntó con cierta duda.

—Sí, Tommy trajo una a casa hace un par de años. Me gusta, la convertí en mi cama en casa —Jane vaciló, luego se encogió de hombros—. Nadie más puede meterse en ella con uno —dijo en voz baja, con la mirada baja.

—Eso suena tranquilizador —dijo Ava con firmeza—, y me gusta el hecho de que nadie pueda abrir la puerta cuando la hamaca está colgada.

Jane, que estaba doblando los vestidos en el baúl ahora vacío, la miró de reojo. —Usted es bastante bonita, supongo que los hombres le causan problemas todo el tiempo —dijo con pesimismo.

—Nos cuidaremos la una a la otra —dijo Ava, sin confirmar exactamente la afirmación de Jane, pero sabiendo que sus palabras eran respuesta suficiente.

—Así lo haremos, señora —Jane cerró la tapa del baúl y extendió el vestido húmedo encima—. Este está mojado. Mejor dejarlo fuera para que se seque, o todos se llenarán de moho. ¿Está cansada, señora Brunswick?

Debería estarlo, Ava lo sabía. Había sido un día largo y tenso y ya era más de medianoche. Aunque el barco había zarpado, se sentía nerviosa, inquieta, irracionalmente temerosa de que alguien pudiera irrumpir, señalarla con un dedo acusador y ordenar que la encadenaran por sus crímenes.

—Sí —mintió—. Es muy tarde. Deberíamos ir a dormir.

Jane también estaba obviamente cansada; la chica se quitó rápidamente los zapatos y el vestido, se balanceó en la hamaca con una gracia que confirmaba que sabía lo que hacía, y luego se inclinó para abrir la puerta de la lámpara de cristal cerrada en la pared para apagarla.

Tumbada en la oscuridad, escuchando cómo la respiración de Jane se profundizaba hasta el ritmo lento del sueño, escuchando crujir las vigas de madera del barco, Ava pensó —o más bien esperó — que el suave movimiento de balanceo la arrullara. En cambio, se encontró con la mente acelerada, retrocediendo a las feas escenas de esa tarde en la casa de su padre.



CAPÍTULO TRES

JACK BRUNSWICK MOJÓ SU pluma y garabateó su firma al pie de un documento, sin siquiera molestarse en levantar la mirada hacia su hija. Ava se preguntó si ella significaba algo más para él que uno de los cargamentos de mercancías a los que se referían esos documentos. Ciertamente, había dispuesto su futuro sin pensar más en sus deseos de lo que lo haría con una bala de seda o una caja de brandy francés.

—¿Es por esto que rechazó a los tres pretendientes que tía Emma le recomendó de Bath? —preguntó, detestando el temblor en su voz. Tres jóvenes, todos agradables, simpáticos y lo suficientemente acomodados, la habían cortejado en los últimos dos años mientras vivía con su tía. A cada uno de ellos, su tía les había dicho que debían visitar las oficinas de su padre en Bristol antes de que se les permitiera presentar sus intenciones. Los tres habían regresado y dejado claro cortésmente que no continuarían con su cortejo.

Su padre resopló, sin levantar aún la mirada.

—Cazafortunas, todos ellos. Cuando les dije que no proporcionaría una dote si se casaban contigo, todos retrocedieron. Ninguno de ellos te quería realmente, Ava. Si lo hubieran hecho, me habrían dicho dónde meterme la dote —Una sonrisa irónica, dirigida a su pluma mientras seleccionaba un cuchillo para afilarla—. Podría haber dejado que uno de ellos te tuviera, y les habría entregado la dote de todos modos, si lo hubieran hecho.

Ella buscó a tientas el respaldo de una silla y se dejó caer en el asiento.

—¿Así que en su lugar me ha... intercambiado en un trato comercial con este Conde de Marchmere?

—Él está dispuesto a renunciar a tu dote a cambio de una participación en el negocio, que se beneficiará de tener asociado a un miembro tan eminente de la nobleza. Como mi yerno, respetará mi autoridad y confiará en que mis acciones serán para su eventual beneficio... ya que algún día lo heredarás todo.

—¿Y yo no tengo nada que decir en esto?

Finalmente, su padre la miró. No había más que diversión en su rostro.

—Ava, ya has demostrado que tienes un pésimo gusto para los hombres, como lo evidencian los tres inútiles frívolos a los que permitiste cortejarte, al punto de pedirme tu mano. He seleccionado a un hombre de sustancia y, más importante aún, uno que te convertirá en condesa.

Lo cual valía algo para él, Ava podía verlo. El brillo codicioso en sus ojos era uno que conocía bien. Jack Brunswick había pasado toda su vida trabajando para amasar riqueza, hasta convertirse en uno de los hombres más ricos no solo de Bristol, sino de todo el oeste de Inglaterra. Desde que Ava podía recordar, sin embargo, se había quejado de cuánto odiaba tratar con miembros de la nobleza. A menudo eran los únicos clientes que podían permitirse sus productos, pero con demasiada frecuencia no pagaban sus facturas, y él no tenía recurso si no lo hacían. Con un conde en la familia, capaz de exigir el pago cuando un plebeyo no podía, habría muchas menos deudas pendientes.

Ya podía ver que no habría forma de disuadirlo. Las objeciones de su parte serían inútiles, sin importar que nunca hubiera conocido a este conde.

Sentada en silencio, con las manos cruzadas en su regazo, la mente de Ava corría, dando vueltas y descartando cien planes diferentes.

El reloj de la repisa sonó, y Jack gruñó.

—Las cuatro. Voy a salir a una reunión y luego a cenar, pero Marchmere dijo que pasaría para conocerte.

—¿Qué? —Ava parpadeó, sorprendida.

—Debes ser amable con él. Hazlo sentir complacido contigo —Jack se puso de pie, estirándose, haciendo crujir sus nudillos mientras la miraba—. Al menos tu tía te ha mantenido bien vestida, con todo ese dinero que le envío. Pareces una futura condesa.

Ava quería gritar, pero no le serviría de nada. No había forma de discutir con su padre en este estado de ánimo, lo había aprendido hacía muchos años. No había levantado la mano contra ella en años, pero no lo había necesitado. Conocía bien la fuerza de sus golpes y no tenía deseos de sufrir su ira.

—Ve a sentarte en tu salón —ordenó su padre—. Haré que la criada le muestre a Marchmere dónde estás cuando llegue.

Ella fue. ¿Qué más podía hacer? Y una pequeña chispa de esperanza ardía en su pecho, que Marchmere podría ser un hombre al que pudiera respetar, al menos. Tal vez incluso amar, si tenía una suerte excepcional.

Una esperanza que murió rápidamente media hora después. No de inmediato. A primera vista, Ava se sorprendió muy gratamente con el Conde de Marchmere. Parecía ser el sueño de toda joven doncella, alto, bien vestido y apuesto, con cabello oscuro rizado y una amplia sonrisa.

—Señorita Brunswick —Se inclinó muy correctamente sobre su mano—. Un placer conocerla al fin. Su padre no exageró sus encantos —Su mirada recorrió lentamente su cuerpo, deteniéndose en su escote el tiempo suficiente para comenzar a incomodarla.

—Me temo que usted tiene ventaja sobre mí, milord. Mi padre no me ha contado nada sobre usted. ¿Le gustaría sentarse para que podamos conversar y conocernos un poco?

Las cejas oscuras se alzaron.

—¿Por qué? —preguntó sin rodeos.

—¿Perdón?

—Esto es un acuerdo comercial entre su padre y yo. Después de nuestro matrimonio, usted vivirá en Marchmere con mi madre, y yo estaré aquí o en Londres. La visitaré ocasionalmente, le daré un heredero y un repuesto —no es difícil de mirar, lo cual es un alivio—, pero viviremos vidas separadas.

A Ava se le cayó la mandíbula. Estaba tan conmocionada que no pudo pensar en una sola cosa que decir.

Marchmere continuó:

—Tendrá el título de condesa, pero no puedo ser visto con usted en Londres. Ya es bastante malo que tenga que casarme con alguien del comercio; no tendré el hedor de eso sobre mí allí.

—¿Y mi padre ha aceptado esto? —preguntó Ava débilmente al fin.

—Mientras le dé un heredero y, por lo tanto, su nieto herede tanto el condado como su imperio mercantil, no le importa en lo más mínimo lo que haga con usted —Marchmere se encogió de hombros con indiferencia—. Yo no iría a llorarle por esto, si fuera usted. Ni siquiera se molestó en dejarla conocerme antes de firmar los acuerdos de compromiso.

El shock se estaba desvaneciendo, y Ava descubrió, con un poco de sorpresa, que la furia pura estaba surgiendo para tomar su lugar.

—Es una lástima que no sea él quien necesita firmar en el registro parroquial —espetó.

Las cejas oscuras se alzaron, y él se inclinó hacia adelante.

—¿Está diciendo que se negará a casarse conmigo? —preguntó, su voz repentinamente baja y

amenazante.

—Me atrevo a decir que me señalarían como la más notoria coqueta de Inglaterra —dijo Ava, levantando la barbilla y mirándolo con orgullo—, ¡pero convertirme en una solterona incasable es sin duda preferible a lo que usted me está ofreciendo!

—¿En serio lo es? —Se movió rápidamente, su mano de repente agarrando un puñado de su cabello, echándole la cabeza hacia atrás—. ¿Y qué pasaría si tuvieras el vientre lleno de un hijo bastardo? —Su mano libre manoseó sus faldas, subiéndolas hacia sus rodillas—. ¿Estarás tan complacida de estar soltera entonces?

Por un momento, Ava no pudo comprender lo que él estaba diciendo, lo que estaba haciendo. Cuando su mano caliente arañó su rodilla, tratando de forzar sus muslos a separarse, su mano se movió sin pensamiento consciente, lanzándose hacia un lado, donde sobre una pequeña mesa descansaba un busto de mármol inusualmente feo de algún emperador romano que no podía nombrar. Sus dedos se cerraron alrededor de él y lo balanceó con todas sus fuerzas.

Hubo un *golpe* sorprendentemente satisfactorio cuando el busto conectó, y la conmoción del impacto viajó de vuelta por su brazo. Las manos de Marchmere cayeron y se deslizó al suelo en un montón sin huesos.

Un montón sin huesos y salpicado de sangre, vio Ava mientras lo miraba, jadeando de shock. El busto lo había golpeado en el lado de la cabeza, y la sangre brotaba espesamente, corriendo para formar un charco en el suelo alrededor de su forma inmóvil.

—¡Que esto le sirva de lección! —dijo Ava bruscamente, sus manos temblando mientras volvía a colocar el busto sobre la mesa—. ¡No seré manoseada!

Marchmere no se movió.

No se movió en absoluto.

Pasaron varios minutos tensos, y una sensación de náusea comenzó a apoderarse de Ava. Sus manos se habían estabilizado, pero comenzaron a temblar de nuevo cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

Había *matado* a un hombre.

Había matado a un *par del reino*.

A nadie le importaría que se estuviera defendiendo; ni siquiera todo el dinero de su padre podría sacarla de este apuro.

Y cuanto más tiempo se quedara aquí con el cuerpo, más probable era que alguien entrara y la descubriera.

Poniéndose de pie apresuradamente, miró a su alrededor frenéticamente. El cuerpo de Marchmere no sería inmediatamente visible para cualquiera que entrara en la habitación, ya que había caído en el suelo detrás del sofá. Si podía convencer a la criada de que él había salido por las puertas francesas al lado de la habitación, era posible que no fuera descubierto durante algunas horas. Incluso hasta la mañana, si tenía mucha suerte. Lo que significaba que tenía unas pocas horas para salir de la casa, salir de Bristol.

Salir de Inglaterra.

Había sangre en su mano, vio al mirar hacia abajo. En el corpiño y la falda de su vestido también, donde se había salpicado. Necesitaría cubrirlo si quería engañar a la criada. Mirando alrededor de la habitación, divisó un mantel de encaje en una gran mesa redonda cerca de la ventana; había cenado sola allí muchas veces cuando aún vivía en la casa de su padre.

Ava respiró profundamente, y luego, cuidadosa y metódicamente, se limpió la sangre de la mano en un cojín, lo mejor que pudo. Recogiendo el mantel, lo arregló alrededor de sus hombros y lo juntó frente a ella. Hacía un buen chal, pensó. Creíble a primera vista, de todos modos, y con suerte en el pasillo oscurecido, pasaría desapercibido.

Una oportunidad, pensó. *Tengo una oportunidad, una forma de salir de esto con vida*.

Cuadrando los hombros, abrió la puerta y salió al pasillo. La criada, que esperaba en una silla junto a la puerta principal, se puso de pie de un salto, con los ojos muy abiertos.

—¿Necesitaba algo, señorita Brunswick? ¡Debió haber llamado! ¿Té para usted y su señoría?

—No, no. —Ava forzó una sonrisa—. Su señoría ya se fue. Salió directamente por las puertas francesas.

—¡Pero dejó su sombrero! —La criada miró hacia donde el sombrero alto descansaba sobre la mesa del pasillo.

Ava maldijo en silencio, pensó rápido. —Me temo que tuvimos una pequeña discusión y se marchó furioso. Estoy segura de que vendrá a recogerlo más tarde. O mañana. Quizás envíe a un sirviente por él.

La criada le dio una mirada comprensiva. —Los caballeros tienen sus momentos, señorita.

—En efecto. Así que ya ves, no hay necesidad de que esperes junto a la puerta. Ve a tus deberes ahora. Voy a visitar el tocador y luego subiré.

—Muy bien, señorita. —La criada hizo una reverencia y se escabulló por la puerta de servicio bajo las escaleras.

Ava esperó solo a que la puerta se cerrara tras ella antes de cruzar el pasillo y entrar al estudio de

su padre. No tenía un momento que perder; ciertamente no iba a arriesgarse a subir y hacer una maleta. Solo había una cosa que necesitaba de esta casa, y se encontraba en la caja fuerte de su padre, guardada en un nicho oculto detrás de una sección deslizante de paneles de roble. Solo esperaba que él no hubiera cambiado el escondite donde guardaba la llave.

Diez minutos después, salió sigilosamente del estudio, tomó su capa que colgaba de una percha detrás de la puerta principal y el ridículo que colgaba debajo, y volvió a entrar en el salón. Mantuvo su mirada cuidadosamente apartada de la forma inmóvil que yacía detrás del sofá mientras abría una de las puertas francesas y se apresuraba a salir a la tarde que rápidamente oscurecía, llamando al primer coche de alquiler que pasó por la calle.



CAPÍTULO CUATRO

—¿SEÑORA BRUNSWICK? ¿SEÑORA BRUNSWICK, señora?

Ava abrió los ojos irritados para ver la expresión ansiosa de Jane mientras la doncella se inclinaba sobre ella. Emitió un sonido indistinto en su garganta mientras intentaba ordenar sus pensamientos, sentándose lentamente y ubicándose. *El barco*, pensó. Estaba a bordo del *Stella Marie*, rumbo a Baltimore, y en la almohada abultada bajo su cabeza estaba el dinero que debía usar para forjar una nueva vida lejos de las costas de Inglaterra, para no ser ahorcada como asesina.

—¡Ha dormido terriblemente tarde, señora! —Jane se sentó sobre sus talones—. Estaba preocupada de que estuviera enferma.

—No, solo... No estoy segura de cuándo me quedé dormida, pero fue muy tarde. El movimiento inusual del barco me mantuvo despierta —mintió Ava.

—Se siente extraño, ¿verdad? Ahora estamos en el Mar de Irlanda. Tommy dice que esto no es nada. Dice que cuando tengamos un viento de verdad en el Océano Atlántico, habrá olas grandes —Jane parecía mitad emocionada, mitad asustada ante la idea.

—Bueno, vayamos a explorar mientras aún podamos mantener el equilibrio, ¿eh? —Ava forzó una sonrisa—. Pásame ese vestido azul, si está seco.

—Está bien seco, señora. ¿Quiere usar el orinal? Luego puedo ir a buscar dónde vaciarlo mientras usted se viste, si lo desea.

Eso le daría a Ava tiempo para asegurar su escondite de dinero y tal vez encontrar una forma de deshacerse de su vestido manchado de sangre, así que aceptó con rapidez. Cuando Jane regresó, Ava estaba vestida con el sensato vestido azul abotonado hasta el cuello. Sin ojo de buey en el camarote, tuvo que dejar el vestido incriminatorio debajo del colchón por ahora, pero se propuso encontrar alguna manera de deshacerse de él tan pronto como pudiera.

Siguiendo a Jane fuera del camarote, a Ava le resultó difícil caminar al principio mientras el barco se balanceaba, y tenía que extender las manos para estabilizarse contra las estrechas paredes de madera del pasillo. No fueron muy lejos cuando el pasaje se abrió a una habitación en la popa del barco. Una mesa larga estaba rodeada por una docena de sillas, y casi la misma cantidad de rostros interesados miraron hacia arriba para examinar a Jane y Ava cuando entraron.

—¡Buenos días, buenos días! —exclamó una voz, y un hombre se levantó de un asiento en un extremo de la mesa. Vestido completamente de negro fúnebre, llevaba el cuello blanco de un clérigo y tenía un semblante alegre y ojos azules brillantes sobre una espesa barba blanca—. ¡Compañeros pasajeros! ¡Por favor, vengan y siéntense, y compartan este excelente desayuno con nosotros!

—Quizás debería sentarme en otro lugar, señora —murmuró Jane, retrocediendo, pero Ava le agarró rápidamente la muñeca.

—Eres mi acompañante, ¿recuerdas? No puedes comer con los marineros, dondequiera que estén —Ava mantuvo su voz muy baja hasta que Jane asintió en acuerdo, y luego dio un paso adelante, sonriendo en respuesta al predicador—. ¡Buenos días, señor! Me alegra mucho ver que un hombre de Dios viaja con nosotros; seguramente nuestro viaje será bendecido.

—¡Solo podemos esperarlo! —El hombre sonrió ampliamente—. Soy el señor Swan, y esta es mi esposa, y nuestros dos hijos Andrew y Matthew.

Los chicos eran jóvenes, quizás de nueve y doce años, estimó Ava, y apenas levantaron la vista de meterse pan en la boca. La señora Swan era algunos años más joven que su esposo, una mujer rolliza que parecía tan amargada como él alegre.

—Soy la señora Brunswick —dijo—, y esta es mi compañera de viaje, la señorita Collins.

—¡Encantado de conocerlas a ambas! —El señor Swan procedió a presentar al resto de sus compañeros de viaje, dos parejas de mediana edad, los Fentham y los Bradley, y dos hombres que viajaban solos. El caballero mayor, un tal señor Wiley, estaba sumergido en un libro y apenas murmuró un saludo; el señor Swan señaló que el señor Wiley era un científico que esperaba viajar a Sudamérica y hacer un estudio de la exótica flora de allí.

El último hombre, el señor Peters, Ava supo desde la primera mirada que sería un problema. Estaba bien vestido, mejor que cualquiera de los otros pasajeros, y se sentaba lánguidamente en su silla. Un aristócrata, y uno que las estaba mirando a ella y a Jane con interés descarado.

—¿Nos hemos conocido antes, señora Brunswick? —preguntó Peters mientras ella tomaba asiento frente a él.

Ava se tomó su tiempo examinando su rostro antes de decir:

—No que yo recuerde, señor Peters —En silencio, estaba agradeciendo a Dios que nunca había visto a ninguno de los otros pasajeros antes, no es que conociera a tanta gente, pero ella y su tía

habían socializado bastante en Bath.

—Estoy seguro de que tiene razón. Habría recordado a una dama tan encantadora... incluso si no estuviera entre las solteras compitiendo por mi atención.

A su lado, Jane ahogó una risa mientras le pasaba a Ava un plato de huevos duros.

Ava sabía cómo jugar este juego, sin embargo.

—¿Compitiendo por su atención, señor Peters? ¿Es tan perseguido que debe huir de las costas de Inglaterra? —dijo dulcemente, rompiendo la cáscara de un huevo y pelándolo hábilmente.

Él resopló y luego la miró fijamente. Sin embargo, no intentó continuar la conversación, lo cual había sido el objetivo de Ava. Socializar con sus compañeros de viaje no podía llevar a ninguna parte, ya que tenía la firme intención de partir de Baltimore tan pronto como fuera posible después de su llegada. Aún no estaba segura exactamente de adónde planeaba ir, solo que debería ser lo más lejos posible de cualquiera que pudiera conocerla. Debería haber dado un nombre falso al capitán, se dio cuenta ahora, pero sería bastante fácil empezar a usar un nuevo nombre una vez que dejara Baltimore. Mientras comía su desayuno en silencio, meditó sobre qué nombre elegiría.

Ava era bastante común, pero tal vez debería cambiar eso también - *Eve*, pensó. Un nombre apropiado para un nuevo comienzo, y lo suficientemente cercano al suyo como para poder acostumbrarse rápidamente. Cambiar Brunswick por el mucho más común Brown, y se convertiría en Eve Brown, un nombre tan inolvidable como ella misma esperaba volverse.

Después de hacer un buen desayuno de huevos duros, salchichas cocidas y pan con mantequilla, Ava se preguntó en voz alta si sería posible subir a cubierta.

—El capitán Hale dice que podemos hacerlo siempre y cuando no interfiramos con sus hombres —dijo el señor Swan con importancia—, pero solo por el tiempo suficiente para tomar un poco de aire fresco. Estoy convencido de que un cuarto de hora más o menos, dos veces al día, será suficiente para mantener nuestra buena salud.

A Ava le pareció muy poco tiempo para salir de su pequeño camarote, o de esta habitación, que parecía ser la única otra opción para pasar el tiempo. Al menos aquí había luz, varias ventanas anchas en la popa del barco dejaban entrar la luz. Incluso podría leer... si tuviera un libro.

Las próximas seis semanas iban a pasar extremadamente despacio, pensó mientras se ponía de pie. El balanceo del barco se hacía más notorio, y puso su mano en la pared para estabilizarse mientras seguía a Jane por el pasillo y subía por una estrecha escalera. Al salir al exterior, parpadeó ante el brillo del cielo; incluso cubierto por una fina capa de nubes, era mucho más luminoso que la penumbra bajo cubierta.

—Hay una barandilla aquí, señora —le avisó Jane por encima del hombro, y Ava la agarró con gusto, repentinamente nerviosa por todo el espacio vacío de la cubierta mientras el barco se

balanceaba aún más pronunciadamente. Olas gris verdosas se agitaban hasta donde alcanzaba la vista. Miró alrededor, preguntándose dónde estaban; había tierra a su izquierda, aunque a unas millas de distancia. Esa debía ser la costa norte de Cornualles, pensó. Una vez que la perdieran de vista, no volverían a ver tierra hasta llegar a las Américas, y algo tenso comenzó a desenrollarse lentamente en su pecho.

Lo había logrado. Realmente lo había hecho, había escapado de... todo. Un matrimonio que no deseaba y la tiranía de su padre; la horrible perspectiva de ser juzgada, condenada y probablemente ahorcada por defenderse de los avances no deseados de Marchmere. Nada de eso tenía que preocuparla más. Con el dinero escondido en su persona, podría comprarse una vida cómoda en algún lugar muy lejos de cualquiera que le dijera qué hacer.

—No puede quedarse ahí, señora —dijo una voz enérgica, estallando instantáneamente su burbuja de recién descubierta independencia, y ella se dio la vuelta—. Oh. Buenos días, señorita... *señora* Brunswick.

—Capitán Hale —reconoció ella, esbozando una sonrisa. A la luz de la mañana, parecía aún más alto de lo que recordaba de anoche; corpulento y serio en un abrigo azul oscuro. Sus ojos eran tan grises como las agitadas olas que rodeaban el barco, su boca tensa, con líneas marcadas a ambos lados.

—No puede quedarse ahí, señora —repitió, y para su sorpresa, le ofreció su brazo—. Venga conmigo, si me hace el favor.

Ella dudó momentáneamente antes de tomarlo, y él la escoltó lejos del lugar donde había estado parada, un lugar donde, ahora veía, los marineros estaban amontonándose para asegurar de nuevo las cuerdas después de ajustar una vela.

—¿Está cómoda en su camarote? —preguntó Hale—. Es solo un poco más pequeño que uno de los camarotes regulares de pasajeros. ¿La muchacha Jane está haciendo lo necesario?

—Es muy servicial, sí. Gracias de nuevo por encontrarla para mí. Soy consciente de que le estoy haciendo un favor al financiar su pasaje, pero se me harían muchas más preguntas si viajara sola. La presencia de Jane resuelve varios problemas antes de que surjan.

—Hablando de esas preguntas. —La había llevado por una corta escalera hasta una pequeña cubierta superior en la popa del barco, donde un hombre solitario estaba en el timón. Hale la llevó a un lado, donde podían mirar por encima de otra barandilla hacia la distante costa de Cornualles, que se desvanecía en una espesa niebla en ese momento.

Ava soltó su brazo y se aferró a la barandilla, deliberadamente sin mirarlo. Preguntándose qué debería decirle.

—Usted rechazó mi oferta de más dinero para no hacer preguntas. Supongo que era inevitable que las hiciera eventualmente, pero la verdad es que estoy huyendo de un matrimonio que no quería, un matrimonio que mi padre arregló. Dejar Inglaterra era mi única opción.

Casi podía sentir el peso de su mirada sobre ella. Mantuvo sus ojos en la distante y desvaneciente línea de colinas.

—Mencionó un matrimonio no deseado anoche. Francamente, deduje el resto de lo que acaba de decirme. Mis preguntas se refieren a lo que planea hacer a continuación.

Asombrada, giró la cabeza hacia un lado, encontrándose con su mirada gris. Firme, tranquila, curiosa. ¿Preocupada?

—Eso es asunto mío, capitán... pero si está preocupado por mí, no tiene por qué estarlo. Estoy suficientemente aprovisionada para mi vida futura. Nuestra relación terminará cuando me desembarque en Baltimore.

Él se rio, y ella se puso tensa.

—Perdóneme, señora Brunswick, pero ¿sabe algo sobre América más allá del nombre del puerto al que nos dirigimos? ¿Conoce a alguien que viva allí? Si planea quedarse en Baltimore, es muy probable que nuestra relación ciertamente no termine después de que lleguemos a puerto; usted no lo sabe, pero mi familia es bastante prominente en la ciudad.

—No tengo intención de quedarme en Baltimore —espetó ella, irritada por su risa—. Me dirigiré a, um —buscó el nombre de otra ciudad americana, lejos de la costa este y de los barcos llenos de viajeros ingleses que podrían conocerla—. Nueva Orleans.

—¿Usted? ¿En Nueva Orleans? —Su risa se hizo más fuerte—. ¡No duraría ni un día en ese nido de ladrones y canallas! —Pareció sentir su mirada, su creciente molestia, y contuvo su risa—. Mire... me encuentro preocupado por usted. Una mujer sola es vulnerable, debe reconocer eso. No necesita contarme todo, pero déjeme ayudarla, facilitarle el camino. Si no quiere quedarse en Baltimore, tal vez Raleigh le convenga... tengo un primo que vive allí...

Era tentador. Pero la verdad era que era muy probable que alguien viniera a buscarla. Su padre, con todos sus contactos, pronto averiguaría en qué barco se había embarcado, y seguramente las autoridades podrían y harían lo mismo. No pasaría mucho tiempo antes de que el capitán Hale fuera interrogado sobre la joven que había abordado su barco, y ella no podía correr el riesgo de que él pudiera señalar la dirección que había tomado.

—No puedo —dijo en voz baja—. Gracias por la oferta. Realmente aprecio su amabilidad, pero no puedo aceptar más ayuda que la que ya me ha dado.

Parecía que iba a decir más, pero después de mirarla detenidamente, hizo una leve reverencia.

—Como desee, señora. Estoy a su disposición si le gustaría hacer alguna investigación adicional. Tengo un libro de mapas en mi camarote que quizás le gustaría examinar, y he visitado la mayoría de las ciudades y pueblos a lo largo de la costa este y algunos del interior, si desea mi consejo sobre lugares adecuados para establecerse.

Ava lo pensó. Si él le daba información sobre diez lugares diferentes, ¿quién podría decir cuál elegiría como su destino? Y desde allí bien podría elegir viajar más lejos, de todos modos.

—Eso sería muy apreciado —dijo finalmente.

—Le llevaré el libro a su camarote más tarde —dijo él—, y cenaré con los pasajeros todas las noches. Estaré encantado de dirigir la conversación hacia lo que puede esperar encontrar en América y mis viajes a las diferentes colonias.



CAPÍTULO CINCO

AVA REFLEXIONABA SOBRE LA amabilidad del capitán Hale mientras regresaba a su camarote poco después. Él no tenía ninguna razón para ayudarla más allá del dinero que ya le había pagado, pero su oferta había sido claramente generosa, y su preocupación por el futuro y el bienestar de ella era obviamente genuina. El capitán Hale era, literalmente, el primer hombre que se preocupaba por su bienestar, y una pequeña voz cínica en la cabeza de Ava seguía preguntando *por qué*. ¿Por qué le importaba? ¿Qué ganaba él con esto?

Soy hija de mi padre, pensó con una sonrisa irónica mientras se sentaba con las piernas cruzadas en la cama junto a Jane, ambas con agujas que destellaban mientras trabajaban en doblar el dobladillo de uno de los nuevos vestidos de Ava. Jack Brunswick se había convertido en el hombre más rico de Bristol al considerar siempre todos los ángulos y elegir su camino en consecuencia, y Ava había heredado su mente analítica, aunque a Jack no le importaba en lo más mínimo. Ava no era un hijo varón y, por lo tanto, no tenía ninguna utilidad para ella más que, aparentemente, intercambiarla con un noble para asociar el título del hombre a su negocio.

Un golpe en la puerta la hizo levantar la mirada. Realmente no había espacio para que ambas, ella y Jane, se pusieran de pie, y Ava estaba más cerca de la puerta, así que le indicó a Jane que se quedara sentada y se levantó para abrir ella misma, dándose cuenta solo cuando se puso de pie que el barco se balanceaba mucho más ahora. Tuvo que apoyarse contra la pared.

El capitán Hale estaba en la puerta, con una pequeña pila de libros en sus manos. Ella los miró sorprendida, pensando que él solo había mencionado un libro de mapas.

—Señorita... *Señora* Brunswick —se corrigió rápidamente—. Aquí está el libro de mapas para usted, y encontré algunos otros libros que quizás le gustaría leer. Para pasar el tiempo.

—¡Eso es muy considerado de su parte, señor! —Extendió la mano para tomarlos y perdió el equilibrio cuando el barco se balanceó hacia el otro lado; él la agarró del antebrazo para estabilizarla.

—¿No está sufriendo de mareo?

Ella negó con la cabeza.

—No, pero no nos hemos estado moviendo. Ahora que estoy de pie, mi estómago está comenzando a agitarse de una manera bastante inquietante —admitió.

—Bueno, permanezca sentada o acostada, si puede —Con la mano aún en su brazo, la guió de vuelta para sentarse en la cama, se inclinó para dejar los libros a su lado—. El cocinero mantiene una olla de té de jengibre en la cocina en todo momento cuando es seguro tener las estufas encendidas; es un buen remedio. La menta también puede ayudar —Metiendo la mano en su bolsillo, sacó un pañuelo blanco, desdoblándolo para revelar un montón de hojas frescas de menta aún unidas a sus tallos—. Mastique una hoja si siente que viene el mareo. Debería pasar en unos pocos días como máximo, una vez que tenga sus piernas marineras.

—Piernas marineras —Sonrió, divertida por el término—. ¿Se refiere a ese andar balanceante?

Él esbozó una sonrisa, la expresión iluminando inmensurablemente su rostro.

—Verá que cuando vuelva a pisar tierra firme, parecerá que se mueve bajo sus pies.

—Tommy dice eso —intervino Jane desde su asiento en la cama—. Dijo que la primera vez que se hizo a la mar estuvo terriblemente enfermo, pero se le pasó.

—Hablando de su hermano, señorita Collins —dijo Hale, y luego hizo una pausa y miró de nuevo a Ava—, voy a ser franco, señora, pero es por su propia seguridad. Tengo varios marineros nuevos a bordo en este viaje, y aunque estoy seguro de que mis hombres habituales no se atreverían a ofenderla, aún no he tomado la medida de estos nuevos hombres. Ustedes dos son las únicas mujeres jóvenes a bordo, y creo que podría ser imprudente que anden solas. Vayan juntas, o con el hermano de la señorita Collins, o conmigo; vendré a escoltarlas a cubierta al menos una vez al día.

Ava asintió, aceptando la restricción. Había notado un par de miradas de reojo en su dirección cuando subió a cubierta más temprano.

—Me temo que esta puerta no tiene cerradura ni pestillo —dijo Hale—, y no tengo herrajes que pueda colocar para hacerla más segura para ustedes, pero tomen esto —Sacó una pequeña cuña de madera de otro bolsillo—. Pónganla bajo el marco de la puerta cuando se retiren, y nadie podrá entrar sin hacer mucho ruido, por lo menos.

Ava aceptó la cuña, y con un asentimiento, el capitán se fue, balanceándose fácilmente con el movimiento del barco mientras se alejaba.

—Es muy amable —murmuró Ava mientras cerraba la puerta y se tambaleaba de vuelta a la cama para sentarse de nuevo.

—Y muy apuesto también —dijo Jane con una mirada de soslayo a Ava y una pequeña sonrisa.

—No me había fijado —mintió Ava, desdoblando el pañuelo que el capitán Hale le había dado —. Voy a masticar una de estas hojas de menta, Jane; ¿quieres una? Mi estómago no está nada contento conmigo.

Ambas comenzaron a sentirse cada vez peor a medida que avanzaba el día, aunque fue Jane quien cedió primero, lanzándose hacia el orinal. Ava pronto la siguió, y las dos se sentían bastante mal cuando el hermano de Jane, Tommy, vino a verlas. Amablemente les trajo a ambas un poco de té de jengibre y galletas duras de la cocina, y se llevó el nauseabundo recipiente para vaciarlo.

—Quédense acostadas —aconsejó—, y traten de mordisquear esas galletas. Ya pasará. Si les hace sentir mejor, todos los otros pasajeros también lo tienen. Ese aristócrata ya le exigió al capitán que diera la vuelta y lo llevara de regreso, ¿pueden imaginarlo?

—¿Aristócrata? —preguntó Ava débilmente.

—Sí, el señor Peters. Dice que es nieto de un conde. Hizo todo tipo de amenazas. El capitán solo se rio y dijo que en el *Stella Marie*, solo Dios puede darle órdenes.

Ella esbozó una pequeña sonrisa ante eso, pensando en el arrogante hombre que había conocido en el desayuno, ahora abatido por el *mal de mer*. Parecía que el capitán Hale no tenía más paciencia con las afectaciones del señor Peters que Ava.

Tommy se fue de nuevo, prometiendo volver a verlas más tarde. Jane intentó levantarse, diciendo que debería colgar la hamaca y darle algo de espacio a Ava. Ava la hizo volver a acostarse.

—Jane, no me importa compartir la cama. Quédate donde estás —Supo lo mal que se sentía la otra chica por el hecho de que Jane no protestó, simplemente se volvió a acostar y se cubrió los hombros con su manta.

Ava en realidad comenzaba a sentirse un poco mejor, el té de jengibre calmando su estómago. Se acostó de lado, sintiendo el calor de las piernas de Jane contra su espalda, y mordisqueó una de las galletas duras hasta que sus párpados se cerraron pesadamente y se quedó dormida.



Ambas chicas estaban dormidas cuando la puerta se abrió silenciosamente para revelar al capitán Hale, quien sacudió la cabeza con desesperación al darse cuenta de que no habían usado la cuña para asegurarla contra intrusos. Apagó la lámpara, cerró la puerta de nuevo y llamó a un muchacho para que montara guardia, diciéndole que si alguien intentaba entrar en la habitación, el chico debía gritar lo más fuerte que pudiera.

—Hay que mantener a las damas a salvo, Jeb —dijo, y el adolescente de ojos abiertos asintió con seriedad.

—¡Puede contar conmigo, capitán!

—Si oyes algún ruido desde dentro, si crees que alguna de ellas está despierta, ven a buscarme —instruyó Hale, antes de dejar a Jeb en su puesto y dirigirse a su camarote. El barco estaba preparado para la noche, su primer oficial se encontraba actualmente al timón. El segundo oficial tomaría el mando durante la segunda guardia nocturna, permitiendo a Hale dormir toda la noche, a menos que se desatara una tormenta, en cuyo caso sabía muy bien que no podría quedarse en la cama mientras su barco luchaba contra los elementos.

Acomodándose en su litera unos minutos más tarde, se encontró pensando de nuevo en Ava Brunswick, la de los rizos dorados como el sol y los ojos azules ingenuos. Una joven muy hermosa y, sospechaba, mucho más inteligente de lo que quería aparentar. Le creía acerca del compromiso no deseado del que estaba huyendo —su indignación parecía bastante genuina—, pero también pensaba que definitivamente había más en la historia que no le había contado. ¿Y de dónde había salido ese dinero? Ella había estado dispuesta a pagarle bastante más y confiaba en tener suficiente para establecerse una vez que llegara a América, así que debía llevar todo consigo. ¿De dónde sacaba una joven hermosa y a la moda lo que debían ser varios cientos de libras en efectivo?

Ava Brunswick —si ese era su verdadero nombre, lo cual dudaba— era un enigma, y a Edmund Hale le gustaban los enigmas.



CAPÍTULO SEIS

DURANTE LOS DÍAS SIGUIENTES, el mareo de Ava fue disminuyendo lentamente y se encontró acostumbrándose al balanceo del barco. La dolencia de Jane duró más tiempo, y Ava hizo todo lo posible por hacer que la otra chica se sintiera cómoda, a pesar de que Jane protestaba débilmente diciendo que se suponía que ella era la criada y Ava la señora.

Llevaban dos semanas de viaje cuando Ava finalmente logró deshacerse del vestido manchado de sangre. Al final, había llegado a la conclusión de que no iba a poder escabullir todo el fardo de tela hasta la cubierta y arrojarlo por la borda sin que nadie se diera cuenta, así que una tarde, cuando Jane estaba fuera del camarote, lo sacó y lo cortó apresuradamente en pedazos. Algunos de los trozos sin manchas de sangre los apartó para convertirlos en bolsillos que cosería dentro de sus otros vestidos para guardar su dinero, pero el resto lo subió a cubierta, un par de piezas a la vez durante varios días, y los dejó flotar en la fresca brisa marina.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó una voz profunda mientras ella soltaba la última tira de seda manchada, que el viento se llevó rápidamente, y Ava se sobresaltó antes de girarse para enfrentar al capitán.

—Oh, nada de importancia, capitán —dijo alegremente—. ¿Cómo se encuentra en esta hermosa tarde?

Él miró hacia el cielo, gris con nubes pasajeras que prometían lluvia en un futuro cercano, y arqueó una ceja escéptica.

—Bastante bien, señora, ¿y usted? ¿Ya tiene sus piernas marineras, creo?

—Si se refiere a que mi estómago ya no se revuelve con cada balanceo, en efecto —asintió Ava —. Aunque no estoy tan segura de mis piernas. ¡A veces todavía me encuentro tambaleándome en una dirección completamente diferente a la que pretendía!

Hale se rio, como ella pretendía, pero se puso serio rápidamente y se apoyó en la barandilla junto a ella, mirando la aparentemente interminable extensión de océano gris frente a ellos. El silencio

se prolongó incómodamente hasta que él dijo en voz baja:

—¿Cuál es su verdadero nombre?

Ella suspiró y lo miró de reojo.

—Probablemente no debería habérselo dado. Pero Ava Brunswick es, de hecho, mi verdadero nombre.

—¿No me dirá de qué está huyendo tan desesperadamente, señorita Brunswick? No crea que se me ha escapado que ha estado escuchando ávidamente durante la cena cada pregunta que he respondido sobre las Américas para los otros pasajeros. Me atrevería a decir que también ha estado estudiando intensamente el libro de mapas que proporcioné, investigando posibles destinos... y que no tiene intención de decirme adónde planea ir.

Ava sabía que su expresión probablemente estaba revelando demasiado, pero parecía que ya era un libro abierto para él. Apartó el rostro, dándole la espalda al capitán.

—Desearía que me dejara ayudarla —dijo el capitán Hale suavemente—. No me gusta pensar en usted sola y sin amigos en una tierra desconocida.

—No puedo aceptar su ayuda. —Las lágrimas brotaron y ella las contuvo ferozmente—. Ha sido amable y más generoso de lo que merezco, pero debo comenzar una nueva vida. Con un nuevo nombre.

Hale hizo una pausa por un momento, y luego dijo:

—¿Y si ya tuviera un nuevo nombre y una nueva vida cuando desembarque en Baltimore?

Ella no lo entendió. Volviéndose con el ceño fruncido, lo miró con curiosidad.

—¿Qué quiere decir?

—Alguien podría venir buscando a Ava Brunswick. Pero ¿alguien estaría buscando a la señora Ava Hale?

No podría haber dicho nada más sorprendente. Ava lo miró completamente conmocionada, con la boca abierta.

—¿Por qué? —logró balbucear después de un largo minuto de silencio tenso.

Una esquina de la boca de Hale se curvó en una media sonrisa.

—Bueno, he estado considerando mi futuro últimamente. Mi madre me ha estado presionando para que tome una esposa, ha desfilado a cada joven de Baltimore frente a mí en mis recientes

viajes a casa, pero ninguna de ellas ha captado mi interés hasta ahora.

—Ni siquiera me conoce —señaló Ava.

—Usted es inteligente, ingeniosa, valiente y obviamente bien educada. —Enumeró los puntos con los dedos mientras los mencionaba—. Trata a quienes no son sus iguales sociales con amabilidad y respeto. Estas cualidades son las que desearía en una esposa, mucho más que la habilidad para tocar el piano o hacer bonitos bordados. Poseo ocho barcos, incluido el *Stella Marie*, y me reúno con muchos hombres de negocios. Una esposa que pudiera mantener una conversación con ellos sería un gran activo para mí.

Ella volvió a mirar hacia otro lado, sus dedos apretándose en la barandilla mientras la agarraba, pensando intensamente. Él no hablaba de amor, pero entonces, ¿alguna vez lo había esperado realmente? Casarse con un hombre al que pudiera respetar era más de lo que tenía derecho a esperar. Intentó pensar en las ramificaciones, en lo que podría suceder si alguien viniera a buscarla.

—Hay bastantes personas en este barco que me conocen como Ava Brunswick —dijo después de unos momentos.

—Ninguna de las cuales planea quedarse en Baltimore, me refiero a los pasajeros. Le aseguro que ninguno de mis tripulantes se atreverá a susurrar una palabra sobre mi esposa —dijo con una simple arrogancia que ella encontró decididamente tranquilizadora.

—¿Ninguno de los pasajeros? —verificó.

—No después de Navidad. El señor Peters visitará a su familia hasta entonces, antes de viajar a Nueva York y de allí volver a Inglaterra la próxima primavera.

—No podría volver a Inglaterra, nunca —admitió Ava.

—En realidad, yo tampoco tengo planes de regresar. Solo capitaneé el *Stella Marie* en este viaje porque su capitán habitual enfermó poco antes de la partida. Ya he hecho mi parte navegando los siete mares; prefiero quedarme más cerca de casa estos días.

Hubo otro largo momento de silencio mientras ella pensaba, antes de que él dijera suavemente:

—¿No me dirá la verdad, Ava? Mi oferta se mantiene, sin importar lo que pueda decirme, pero no quisiera que entrara en un matrimonio con el temor de que se descubra un secreto.

—Aquí no —dijo finalmente—. No quisiera que nadie escuchara lo que debo decir.

El capitán Hale le ofreció su brazo sin decir palabra, y ella suspiró y lo tomó. Era inevitable, supuso, que todo saliera a la luz. ¡Seguramente él cambiaría de opinión una vez que escuchara la verdad; ningún hombre querría a una asesina por esposa!

De nuevo en su camarote, ella tomó asiento a la mesa y juntó las manos frente a sí, tratando de no dejarse llevar por el pánico mientras buscaba las palabras para contarle a Hale lo que había hecho.

Para su sorpresa, él colocó dos vasos sobre la mesa y vertió un líquido color ámbar en ellos. —Creo que esta situación requiere ron.

—Nunca he probado licores fuertes —admitió ella, pero tomó el vaso cuando él se lo ofreció—. Hoy podría ser un buen día para intentarlo.

Hale rió, acomodándose en la otra silla. —Despacio, o podría hacerte toser.

Ella bebió con cautela, consciente de su advertencia. El ron le quemó la boca, hizo que su garganta se sintiera caliente y áspera... y luego todo su cuerpo comenzó a sentirse deliciosamente cálido. Dejando el vaso sobre la mesa nuevamente, se lamió los labios.

—Mi padre es rico.

—Lo había supuesto —dijo Hale suavemente cuando ella hizo una pausa—. ¿Aristocracia?

—No. Bueno, más o menos. Era el hijo bastardo de un lord. ¿Eso importa?

—En lo más mínimo. Los americanos somos mucho más igualitarios en estas cosas, ya verás. —Hale tomó un sorbo de su propio ron y le sonrió por encima del borde del vaso.

—Su padre le compró una educación, en leyes. Ayudó a algunas personas importantes que lo respaldaron en su primer negocio.

—Espera. Brunswick... ¿*Jack* Brunswick? —Hale dejó su vaso y la miró fijamente.

Ava se congeló en un repentino pánico, al menos hasta que Hale negó con la cabeza.

—Nunca nos hemos conocido, pero sé de él por su reputación. Es un operador bastante despiadado. —La miró evaluativamente—. No había oído que tuviera familia.

—Mi madre falleció hace años. He estado en internados la mayor parte del tiempo, y luego residiendo con mi tía en Bath desde mi presentación en sociedad. Mi padre parecía no tener ningún interés en mí, aparte de rechazar en términos absolutos a cualquier pretendiente que mi tía sugiriera como potencial esposo para mí. —Tomando el vaso, Ava bebió otro sorbo de ron, armándose de valor—. Hasta que, claro está, me convocó a su casa en Bristol y me dijo que había arreglado un matrimonio para mí.

—Un matrimonio no de su agrado —murmuró Hale, asintiendo—. ¿Una transacción comercial, con usted como mercancía intercambiada por bienes?

—Algo así. Me opuse, pero fue como si ni siquiera me escuchara. Se me ordenó conocer a mi novio y mostrarme agradable con él. Al principio pensé que quizás no sería tan malo. Él... era joven y apuesto, incluso. Un hombre al que podría haber mirado con favor si hubiera buscado cortejarme. —Apurando el ron, dejó el vaso sobre la mesa, sintiendo que la rabia ardiente que había sentido cuando Marchmere la manoseó volvía a surgir en su vientre—. Hasta que me dijo que quizás tuviera que casarse con la hija de un comerciante, pero que ciertamente no me trataría con ninguna consideración o respeto. Yo era algo vergonzoso, para ser escondida en el campo mientras él se divertía en Londres y ocasionalmente se dignaba a visitar, para engendrar a su heredero y un repuesto.

Las cejas de Hale se habían elevado casi hasta la línea del cabello. —Qué bastardo —dijo, y luego se contuvo—. Le pido perdón, señorita.

—Oh, no me importa en absoluto. Yo pensé algo similar, y me expresé como tal. ¿Podría tomar un poco más de ese ron?

La boca del capitán se torció, pero vertió otra medida de ron en su vaso. —Supongo que este hombre —no lo llamaré caballero— es un aristócrata.

—Un conde, nada menos —Ava brindó con el vaso. Empezaba a sentirse muy cálida de verdad, y sus palabras se arrastraban un poco cuando añadió—: Un conde muerto.

—¿Cómo dice? —Hale se inclinó hacia adelante.

—No fue mi intención. —Las lágrimas brotaron—. Solo quería quitármelo de encima. Dijo que no podría rechazarlo si tenía un bebé en mi vientre.

Hale se puso de pie de un salto, su rostro negro de ira. —¿Dijo *qué*? ¿Le hizo daño, Ava?

Ella negó con la cabeza espasmódicamente. —Lo golpeé. Había... no sé, ¿una estatuilla, creo? La agarré, le pegué en la cabeza. Solo quería quitármelo de encima, pero no se movía. ¡Había tanta sangre!

Las lágrimas corrían por su rostro. Hale la miró por un largo momento y, finalmente, buscó en un bolsillo para sacar un pañuelo, poniéndolo en su mano. —Beba ese ron —dijo.

Ava apenas podía respirar. Se secó los ojos llorosos, se sonó la nariz. Intentó beber un sorbo de ron. No debería haber dicho nada, de repente estaba segura; el capitán la pondría en el próximo barco de vuelta a Inglaterra encadenada, enviándola de regreso para ser ahorcada.

—¿Cómo escapó cuando se descubrió la muerte? —preguntó Hale finalmente.

Habiendo recuperado el aliento, Ava logró negar con la cabeza. —No se descubrió. Supe que tenía que huir en cuanto vi lo quieto que estaba. Mi padre había salido, así que le dije a la criada que el conde se había ido por las puertas francesas, saqueé la caja fuerte de mi padre y huí de la

casa. —Se secó los ojos de nuevo—. Así que, ya ve, no puede querer casarse conmigo. Si pudiera simplemente olvidar que alguna vez me conoció...

—Aún quiero casarme con usted.

No podía haberlo oído correctamente. Debía ser el ron; definitivamente estaba nublando sus pensamientos, haciéndole oír cosas.

—Usted se defendió, Ava, y no hay vergüenza en eso. La muerte del conde fue un accidente, y uno que él mismo provocó, además, con su comportamiento atroz. Habiendo escuchado su historia, estoy aún más decidido a que no tenga que valerse por sí misma. Está en esta posición sin ser culpa suya; su padre y el conde la llevaron a este punto.

Estaba llorando de nuevo, grandes lágrimas silenciosas corriendo por su rostro. Hale fue a un armario y le trajo otro pañuelo, arrodillándose a su lado y usando el paño para secar suavemente las lágrimas de sus mejillas. —Creo que es muy inteligente y excepcionalmente valiente, Ava. Y también, en este momento, bastante ebria, así que no la presionaré por una respuesta. Solo tenga la seguridad de que mi oferta sigue en pie, y estoy seguro de que puedo protegerla de cualquiera que pudiera venir a buscarla.

Una vez que logró controlarse, él la escoltó de vuelta a su pequeño camarote y la entregó al cuidado de Jane, diciéndole a la otra chica:

—Me temo que le di un vaso de ron a la señora Brunswick después de que se angustiara, y está un poco aturdida por ello. Será mejor acostarla y dejar que se le pase durmiendo —Con un ligero toque en el brazo de Ava, añadió en voz baja—: Hablaremos de nuevo mañana, Ava.



CAPÍTULO SIETE

DE PIE FRENTE AL timón más tarde esa noche, comprobando su rumbo por las estrellas, Edmund se preguntó de nuevo qué estaba haciendo, y de nuevo volvió a la simple verdad: le gustaba Ava Brunswick. Y le creía. El pánico en sus ojos aquella primera noche había sido muy real; ella había creído plenamente estar en peligro mortal, lo cual sin duda habría sido cierto si la hubieran arrestado por matar a un noble, sin importar que solo hubiera estado tratando de defender su honor.

Sin embargo, a pesar de su terror completamente justificado, Ava había mantenido la cabeza fría. Le había contado justo lo suficiente de su historia para convencerlo de que le permitiera viajar en el *Stella Marie*, para invocar su simpatía y animarlo a hacer todo lo posible por ayudarla. Algunos podrían ver eso como manipulador; Edmund pensaba que era inteligente. Realmente inteligente, y cada conversación que había tenido con Ava desde entonces solo reforzaba esa impresión.

No todos los hombres querrían una esposa inteligente, pero Edmund se conocía lo suficiente como para saber que no podría tolerar menos. Quizás fuera un defecto de carácter, pero no tenía paciencia con los tontos, y menos aún con las mujeres inteligentes que fingían ser tontas para tratar de hacerse más atractivas a los hombres necios. Ava podría haber estado ocultando un gran secreto, pero nunca había intentado esconder su inteligencia, y él apreciaba eso.

También era lo suficientemente honesto para admitir que la encontraba inmensamente atractiva a nivel físico. Rizos dorados como la miel, ojos azul profundo y una figura deliciosamente curvilínea sin duda atraerían las miradas de muchos hombres, y había sido completamente sincero cuando le dijo a Ava que estaría preocupado si viajara sola. Si ella decidía rechazar su propuesta, decidió, le pediría escoltarla a donde quisiera ir, jurando nunca revelar su ubicación a nadie que pudiera venir a buscarla.

Considerando de nuevo la muerte de su antiguo prometido, Edmund se encontró sacudiendo la cabeza con admiración. Ava era una cosita diminuta; el hecho de que se hubiera defendido tan eficazmente era notable. Se preguntaba si alguien vendría siquiera a buscarla. Era mucho más probable que su padre terminara siendo arrestado por el asesinato, ya que el hombre había muerto en su casa y Ava no se encontraba por ninguna parte. Edmund descubrió que podía reunir

muy poca simpatía por el posible destino del padre de Ava; el hombre no tenía el menor respeto por la seguridad o la felicidad de su hija.

El robo de la caja fuerte de su padre por parte de Ava requirió algo de valentía, y Edmund se encontró riendo por su ingenio. Una mujer ingeniosa, sin duda. Apenas podía esperar para presentarla a su madre. La señora Ruth Hale estaba muy lejos de ser convencional; nacida en Inglaterra, se había casado con un oficial británico al estallar las hostilidades en América y había optado por pasar información a los estadounidenses. Considerada una traidora por los británicos, se había casado con un estadounidense después de que su primer marido muriera en batalla, y se había creado un lugar como una de las mujeres más respetadas e influyentes de Baltimore.

Ruth Hale adoraría absolutamente a Ava, y no habría duda de que las autoridades británicas jamás pondrían sus manos sobre ella. Edmund sonrió para sí mismo y giró el timón un par de puntos a estribor mientras el viento arreciaba. Cuanto más lo pensaba, más esperaba que Ava aceptara su impulsiva propuesta. Pensaba que les iría muy bien juntos.



Ella lo buscó temprano a la mañana siguiente, cuando el sol apenas había salido y las velas restallaban en la fría brisa matutina. Acurrucada en su gruesa capa, lo único propio que había conservado, subió para pararse junto a él en el timón.

—Buenos días, señora —la saludó educadamente, alzando la voz para hacerse oír sobre el viento —. ¿Durmió bien?

—Mi estupor etílico fue sorprendentemente reparador, sí —respondió ella a gritos.

Sus labios se crisparon.

—Creo que no estaba tan ebria.

También había una sonrisa en sus labios.

—Bueno, baste decir que no tengo cabeza en absoluto para el ron, ni deseo desarrollarla.

—Probablemente sea lo mejor para tu salud, en verdad —debatió cuán directo ser, finalmente se encogió de hombros. Hablar con franqueza siempre le había servido mejor—. ¿Recuerdas por casualidad nuestra conversación, o el ron afectó tu memoria?

Su sonrojo era bastante encantador, descubrió, pero aun así ella lo miró a los ojos.

—Creo que recuerdo los puntos importantes.

—¿Y? —Edmund no quería presionar demasiado, pero cuanto antes se casaran, mejor. Con suerte, para cuando navegaran hacia Baltimore, ni un alma a bordo recordaría siquiera que ella había embarcado como Ava Brunswick. Sería la señora Ava Hale, esposa de un respetado capitán de barco y hombre de negocios, y las autoridades inglesas no tendrían jurisdicción para arrestarla incluso si vinieran a buscarla.

Tentado de explicárselo de nuevo, mantuvo la boca cerrada. Ava era más que lo suficientemente inteligente para haberlo deducido todo por sí misma.

Ella apartó la mirada de él, con los rizos rubios azotando sus mejillas sonrojadas. Durante largos minutos no dijo nada, solo se quedó de pie con la mano en la barandilla, mirando el ajetreo de la cubierta de abajo, hombres fregando el suelo y ajustando las cuerdas. El muchacho Jeb dando grano a las gallinas en el gallinero y recogiendo los huevos para llevarlos a la cocina.

—¿Hablaste con el reverendo Swan, para ver si estaría dispuesto a casarnos? —preguntó Ava finalmente.

—No lo hice. Pensé que era mejor esperar hasta que tomaras tu decisión, en lugar de potencialmente desatar chismes innecesarios si decidías que no deseabas aceptarme.

Ella dio un paso más cerca de él ante eso, su rostro suavizándose.

—Gracias. Tu consideración es... apreciada. Inesperada, en verdad. Nadie me ha mostrado jamás tal preocupación como tú, un completo extraño, lo has hecho. Admito que no he sabido realmente cómo lidiar con ello. Si aceptarlo como genuino. Al menos, hasta que hiciste tu oferta anoche, porque no puedo ver ningún beneficio para ti en casarte conmigo. Las ventajas son todas mías.

Edmund se rio con incredulidad.

—¿Bromeas, seguramente? ¡Cualquier hombre se consideraría afortunado de casarse contigo!

—¿Incluso considerando... lo que he hecho? —Parecía dudosa.

—Créeme cuando te digo que una mujer que defiende su honor tan vigorosamente como tú lo has hecho, es exactamente el tipo de esposa con la que siempre he soñado —sonrió—. Espera a conocer a mi madre, Ava. Lo entenderás. Te va a adorar completamente.

Ella dudó unos momentos más, estudiando su rostro, antes de finalmente extender una pequeña mano y posarla sobre una de las suyas, donde él agarraba un radio del timón.

—Si el señor Swan acepta realizar la ceremonia, entonces sí. Acepto tu propuesta.

—Te prometo que no te arrepentirás —dijo, y llamó con un gesto a su primer oficial para que tomara el timón—. Ven, iremos juntos a buscar al reverendo. Sospecho que será más susceptible

a la persuasión viniendo de ti de todos modos, pero es mejor presentar un frente unido.

Él le ofreció su brazo, y Ava lo aceptó, su pequeña mano acurrucándose en el hueco de su codo. Ella se balanceó contra él cuando el barco se meció y él la estabilizó, sorprendido por su ligero peso. Su espíritu indomable la hacía parecer más grande de lo que realmente era, pensó.

Encontraron al reverendo presidiendo en el comedor, donde la mayoría de los pasajeros se congregaban para pasar los días en el mar, al menos ahora que todos se habían aclimatado y recuperado del mareo. El señor Swan se había establecido como su líder desde el principio, y ahora estaba sentado en el centro del grupo, leyendo en voz alta un pasaje de la Biblia. Su esposa era la única que parecía estar prestando mucha atención, todos los demás aprovecharon la excusa de su llegada para volverse y exclamar saludos.

Edmund sabía que Ava había evitado pasar tiempo con los otros pasajeros, suponía que porque temía despertar demasiada curiosidad sobre su pasado, o fijarse demasiado bien en sus memorias. En realidad, esto podría servirles bien ahora, ya que asumirían que de hecho había estado pasando gran parte de su tiempo con él, en lugar de esconderse en su camarote con Jane.

Después de aceptar los saludos y desearles a todos un buen día, Edmund se aclaró la garganta un poco cohibido.

—Resulta que, señor Swan, Ava... la señora Brunswick y yo nos encontramos en necesidad de sus servicios profesionales. La dama me ha hecho el gran honor de aceptar mi propuesta de matrimonio, y ya que tenemos un hombre de Dios aquí mismo, esperábamos poder imponernos sobre usted para que realizara la ceremonia ahora, en lugar de esperar hasta que lleguemos a Baltimore.

—Bueno, no sé —dijo el señor Swan, frunciendo el ceño—. Las amonestaciones...

—No se requieren amonestaciones para casarse en el mar, señor —Edmund sonrió, divertido—. Si escribe una carta declarando que realizó un matrimonio para nosotros, eso será suficiente como registro legal, si tal cosa fuera necesaria.

El vicario titubeó, pero obviamente estaba complacido de que se lo pidieran, y su esposa pronto alzó la voz para implorarle que realizara la ceremonia.

—¡Obviamente son una joven pareja enamorada, señor Swan! Lo mejor es que todo se haga regular a los ojos de Dios, al menos. Si necesitan casarse de nuevo para satisfacer a la ley, ese es un problema que pueden manejar cuando lleguemos a América.

—Muy bien, muy bien —el señor Swan se quitó las gafas y las pulió con su pañuelo, sonriendo benévolamente—. No hay mejor momento que el presente, ¿verdad? A menos que la señora Brunswick quiera cambiarse a un vestido especial.

Ava miró su sencillo vestido gris y negó lentamente con la cabeza.

—No, este servirá. Oh, pero... debo traer a Jane, me gustaría que estuviera a mi lado.

—Yo la traeré por ti, querida —dijo una de las otras damas, y se apresuró por el pasillo. Un momento después regresó con Jane detrás, el rostro de la doncella cuidadosamente inexpresivo. Edmund se preguntó qué le habría dicho Ava antes de venir a hablar con él esta mañana; Jane no parecía en absoluto sorprendida al ser informada de que la traían para presenciar una boda.

Aparentemente, el señor Swan conocía su Libro de Oración Común de memoria, porque se lanzó con entusiasmo al servicio matrimonial tan pronto como determinó que ambos estaban listos. La voz de Ava era suave pero firme cuando llegó su turno de repetir sus votos, sus ojos claros y tranquilos mientras se alzaban para encontrarse con los suyos.

Edmund fue invadido por una sensación de irrealidad cuando el predicador los declaró marido y mujer. Un aplauso cortés saludó el anuncio, y Edmund se obligó a apartar la mirada de los brillantes ojos azules de Ava y sonreír a su alrededor a los testigos.



Todos parecían ansiosos por ofrecer sus felicitaciones, excepto el señor Peters, el joven señorito que había sido un asno tan desagradable en los primeros días del viaje. Se acercó para estrechar la mano de Edmund, luego esperó hasta que Edmund se distrajo hablando con uno de los otros caballeros antes de inclinarse para murmurar al oído de Ava:

—Una elección decepcionante, querida. Pensé que podrías ser un poco más aventurera que tomar la opción segura.

—¿La opción insegura siendo la *affaire* que me ofreciste? —replicó Ava secamente, sin intentar en absoluto mantener baja su voz—. De hecho, estar casada respetablemente parecía mucho más atractivo.

La señora Swan, que estaba cerca, se atragantó con la galleta que estaba mordisqueando, mirando a Ava con ojos muy abiertos, pero Ava se negó a avergonzarse. Ella no había hecho nada malo. El señor Peters, sin embargo, se puso rojo y se retiró inmediatamente.

—Bien hecho —murmuró una voz baja, y ella se volvió para encontrar a Edmund detrás de ella.

—¿Lo oíste?

—En efecto —su sonrisa era cálida—. Estoy impresionado por tu capacidad para defenderte verbalmente. Aunque espero que no tengas que hacerlo, por favor, ten la seguridad de que tienes mi total apoyo para defenderte... de *cualquier* manera. Incluso hasta golpear a pretendientes importunos en la cabeza con, oh, una estatuilla, por ejemplo.

Mirando a su nuevo marido, Ava fue invadida por la más extraña sensación: un calor en el pecho, un hormigueo en la parte posterior de los ojos. *¿Es esto lo que se siente al amar?*, se preguntó.

—¿Señora Hale? —dijo una voz suave detrás de ella, y a Ava le tomó varios momentos darse cuenta de que Jane se dirigía a ella—. ¿Debería empacar sus cosas para mudarse al camarote del capitán? —preguntó la doncella vacilante.

Edmund les indicó a ambas que lo siguieran fuera de la habitación y las condujo a su propio camarote, donde Jane curioseó tímidamente y Ava trató de evitar mirar la cama, preguntándose si él esperaría consumar el matrimonio esa misma noche. La idea no le resultaba del todo desagradable, pero de repente deseó haber pedido unos días más para asimilar la idea de estar casada.

—Deberían mudarse las dos aquí —dijo Edmund—, y yo ocuparé el camarote donde han estado durmiendo.

Ava sintió más que vio a Jane girar la cabeza para mirarla; estaba demasiado ocupada observando a Edmund, tratando de discernir su intención.

—¿No quieres, eh... —inclinó la cabeza hacia la cama.

—Considerando las circunstancias —dijo él—, creo que quizás sea mejor que esperemos hasta que lleguemos a las comodidades de tierra firme. Pero me sentiré más tranquilo sabiendo que ustedes dos duermen aquí; esta habitación tiene cerradura en la puerta. Debería haberlas puesto aquí desde el principio.

Esa extraña calidez volvió al pecho de Ava. No pudo encontrar palabras para agradecerle, y él no parecía quererlas. Les dijo que se tomaran su tiempo para recoger sus cosas y trasladarlas, y que agradecería su ayuda para empacar y retirar las suyas discretamente, de modo que nadie más se diera cuenta de que era él y no Jane quien dormiría en el camarote del primer oficial.

Edmund las dejó entonces, diciendo que quería hablar con el cocinero sobre la preparación de algunas delicias especiales para que pudieran tener una cena de celebración, y Jane se volvió hacia Ava con las cejas arqueadas.

—Señora —dijo Jane—, ¡creo que se ha casado con el mejor hombre del mundo!

—Creo que podrías tener razón, Jane —dijo Ava suavemente, mirando la puerta por donde Edmund había desaparecido—. Creo que podrías tener razón.



CAPÍTULO OCHO

EL PRIMERO DE DICIEMBRE, después de veintiocho días en el mar, el *Stella Marie* finalmente entró en el puerto de Baltimore en una tarde gris y fría de invierno. Una fina llovizna flotaba en el aire, pero no impidió que Ava se quedara en cubierta, con la capa bien envuelta a su alrededor, contemplando embelesada la ciudad que sería su nuevo hogar. Era más grande de lo que esperaba, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista; había numerosas agujas de iglesias salpicadas entre los edificios, pero lo que realmente la asombraba era la cantidad de barcos. Habiendo vivido en Bristol, uno de los puertos más concurridos de Inglaterra, Ava estaba acostumbrada a ver un río lleno de barcos y barcazas, pero debía haber más de cien naves a la vista, cada una aparentemente un veloz clipper de Baltimore como el *Stella Marie*.

—Somos el último en llegar a casa —dijo Edmund desde el timón, y ella se volvió para mirarlo.

—¿Cómo dice?

Él señaló hacia adelante, al muelle al que se acercaban, un largo dedo de entablado que se adentraba en la bahía. Tres barcos estaban amarrados a lo largo, y apenas quedaba espacio para un cuarto al final.

—Ese es el muelle de Hale Shipping, ese y el del otro lado de esos almacenes. Tenemos ocho barcos y todos están programados para volver a casa antes de Navidad este año; somos los últimos en llegar.

Podía ver los mástiles de los barcos sobresaliendo por encima de los almacenes. Ocho barcos era una flota impresionante, pensó; no tenía idea de cuánto valía un barco, pero no podía ser una cantidad pequeña, y el enorme capital que debía necesitarse para mantener funcionando una empresa como esta era considerable.

Por primera vez, Ava se dio cuenta de que su marido era casi con certeza más rico que su padre, y una vez más, se preguntó por qué se había casado con ella.

Lanzando una mirada de reojo mientras él daba órdenes, Ava enrollaba repetidamente un

mechón de cabello húmedo alrededor de su dedo. Edmund no le había hecho ninguna exigencia en absoluto en las últimas semanas de su viaje; había sido completamente cortés y educado, ofreciendo todas las atenciones posibles. No tenía motivo alguno para quejarse, y sin embargo... se encontraba deseando más.

Oh, la había besado, roces ligeros e impersonales de sus labios contra su mejilla que habían dejado su piel hormigueando y su corazón doliendo. Cada noche después de cenar con los otros pasajeros, la acompañaba de vuelta al camarote del capitán y se inclinaba para besar su mejilla antes de dejarla en la puerta mirándolo mientras se alejaba.

Dos veces, Jane había murmurado: —Debería pedirle que se quede, señora... Yo dormiré en el otro camarote.

Cada vez, Ava había negado rápidamente con la cabeza. —No, está ocupado. El capitán nunca está fuera de servicio. Esperaremos. —Jane aún pensaba que ella había estado casada antes, no tenía idea de que Ava no tenía la más mínima idea de cómo atraer a un hombre a su cama... ¡incluso a su marido!

Mirando la ciudad gris y empapada por la lluvia, Ava se preguntó dónde vivía Edmund. Debía tener una casa; había hablado mucho de su madre Ruth, de quien obviamente era muy cercano. Presumiblemente ella dirigía su hogar. ¿Qué pensaría Ruth de que su hijo regresara a casa con una novia inglesa, y una que no traía consigo más que el riesgo de problemas? Incluso los billetes de banco cosidos en los bolsillos de sus enaguas serían poca compensación. Eran una gota en el océano comparados con la evidente riqueza de Hale Shipping, se dio cuenta ahora mientras observaba a los hombres que se agolpaban en el muelle, saludando y gritando en señal de bienvenida.

Mientras se lanzaban las cuerdas y el barco se amarraba al muelle, los otros pasajeros salieron a cubierta, hablando emocionados. Ellos desembarcarían primero, antes de que se descargara el cargamento; Edmund ya le había dicho a Ava disculpándose que necesitaría esperar un rato antes de que él pudiera escoltarla a su casa, ya que tendría que hablar con el encargado del almacén y supervisar la descarga de al menos la parte más valiosa del cargamento antes de poder irse. Ella le había asegurado que estaba contenta de permanecer a bordo con Jane, quien de todos modos no podría irse hasta que a su hermano se le diera permiso para marcharse.

Los otros pasajeros se despidieron cortésmente de Ava, excepto el señor Peters, que seguía haciendo todo lo posible por fingir que ella no existía. Ella no lo consideró una pérdida. El saber que Edmund la apoyaría plenamente le daba la fuerza para estar decidida a dejar de fingir que no entendía las insinuaciones de patanes maleducados.

—Bueno, le deseo lo mejor, señora Hale —dijo el señor Swan mientras él y su esposa e hijos se detenían junto a ella en su camino hacia la pasarela—. Esperamos partir hacia Charlotte en unos días, así que si las autoridades de aquí tienen alguna pregunta sobre la legalidad de su matrimonio, el señor Hale puede remitirlos a nosotros en el Hotel St. George, ¡pero que sea rápido!

—Lo haré. Gracias de nuevo, señor Swan; espero que usted y su familia tengan un viaje seguro y que Charlotte sea todo lo que han esperado.

El predicador sonrió radiante, la señora Swan esbozó su sonrisa apretada, y la pequeña familia partió, siendo los últimos pasajeros en irse. Edmund vino a pararse a su lado.

—Tal vez quieras bajar al camarote. Aquí arriba se va a poner muy ajetreado cuando empecemos a descargar.

—Solo quieres que no estorbe —dijo Ava con picardía, esperando hacerlo sonreír. Lo logró; su rostro delgado se agrietó en una sonrisa.

—Quiero que estés a salvo —corrigió—. No más de una hora o dos, lo prometo, y podré dejar la supervisión al capataz del muelle. Tendré un carruaje listo para llevarnos a casa.

Ella quería preguntar sobre su casa, pero no era el momento. Obedientemente, volvió a su camarote, donde sus escasas pertenencias ya estaban empacadas y esperando. Jane también estaba ansiosa por desembarcar, paseando nerviosamente y murmurando entre dientes.

—Estoy segura de que la esposa de tu hermano estará muy contenta de verte llegar —dijo Ava, tratando de calmar sus propios nervios al tranquilizar los de Jane—. ¿Crees que ya habrá tenido al bebé?

—Tal vez. Tommy dijo que ella calculaba que sería alrededor de Navidad, así que quizás no. Solo espero que no le moleste que yo esté allí. —Jane se retorcía las manos.

—Si le molesta, espero que vengas a mí —dijo Ava—. Nos hemos llevado muy bien, creo, y necesitaré una doncella personal. Estoy segura de que el capitán no se opondría a que te eligiera a ti.

—¿Lo dice en serio, señora? ¡Es muy amable de su parte! —Jane la miró agradecida.

—Por supuesto que lo digo en serio. Sería bueno tener un rostro familiar alrededor. Incluso si te encuentras muy feliz viviendo en la casa de tu hermano, espero que me visites. —Incluso mientras lo decía, Ava sabía que Jane no lo haría; había una brecha social demasiado grande entre ellas. Ava tendría que ser quien iniciara la visita, pero decidió en ese momento que lo haría. El viaje habría sido mucho más miserable sin la compañía amistosa y sin pretensiones de Jane y su actitud amable.

—Ven —Ava sacó un libro del estante—. Vamos a trabajar un poco más en tu lectura.

Había descubierto, unos días después de comenzar el viaje, que Jane solo podía leer unas pocas palabras, y decidió pasar el tiempo ayudándola a mejorar. Jane, una alumna dispuesta, lo había hecho bastante bien y había descubierto el placer de las historias; ahora inclinaban sus cabezas juntas sobre el libro y el tiempo pasó volando hasta que Edmund llamó a la puerta.



Ava levantó la mirada con una brillante sonrisa cuando él llamó, y él se la devolvió, pensando al mismo tiempo que nunca había sonreído tanto desde que la conoció. Ella era contagiosamente alegre la mayor parte del tiempo, como un rayo de cálido sol en su vida, bañándolo de calidez y felicidad.

—¿Lista para irnos? —preguntó—. Jane, he liberado a tu hermano de sus deberes; está recogiendo su bolsa de marinero y luego los dos pueden venir con nosotros. Pasaremos cerca de la casa de tu hermano y dije que os dejaría allí.

—¡Oh, señor, es muy amable de su parte, señor! —Jane hizo una reverencia, con los ojos muy abiertos—. Estoy segura de que no es necesario, Tommy me dijo que no vive lejos del puerto, podríamos caminar...

—Sin duda podrían, pero estoy convencido de que mi esposa preferiría mantener tu compañía el mayor tiempo posible, y además veros llegar sanas y salvas a vuestra puerta —dijo Edmund, y fue recompensado con Ava sonriéndole aún más radiante.

—Le he dicho a Jane que si no encuentra la bienvenida que espera con la esposa de su hermano, debe venir a mí y le conseguiré un puesto —dijo Ava, y Edmund oyó la pregunta en su voz.

—Por supuesto —dijo de inmediato—, te anotaré la dirección de nuestra casa, Jane; debes tomar un coche de alquiler para que te lleve y me aseguraré de que el mayordomo sepa que debe pagar tu viaje si llegas.

Jane parecía a punto de llorar. Ava le cogió la mano y se la apretó, y Edmund, un poco avergonzado, se volvió hacia su escritorio, cogiendo una hoja de papel y una pluma para escribir rápidamente su dirección para Jane.

Unos minutos después estaban cómodamente instalados en su propio carruaje, que había llegado sin que tuviera que mandarlo a buscar. Sin duda se había enviado un aviso a su madre en el momento en que se avistó el *Stella Marie*; Edmund se preguntó de nuevo qué diría Ruth sobre su llegada con una esposa.

Dejaron a Tommy y Jane en la pequeña casa de Tommy; la puerta se abrió de golpe y la esposa de Tommy salió corriendo, con el vientre muy abultado por el embarazo. Sus gritos de bienvenida a su marido se duplicaron para Jane, quien sonrió con deleite y alivio antes de volverse para saludar a Ava.

—¿Cuánto dinero le diste? —preguntó Edmund secamente mientras el carruaje se alejaba de nuevo.

—Nada, aún, porque todo mi dinero sigue en libras —dijo Ava con descaro—, pero una vez que haya ido a un banco y lo haya cambiado por dólares, tengo la intención de darle cincuenta dólares para que empiece su nueva vida.

—El salario de un año para una criada —observó Edmund—. Sumado a los cincuenta dólares que ya le di, debería dejarla bien establecida.

Ava lo miró boquiabierta y luego estalló en carcajadas. —Me he casado con un hombre generoso.

—El viaje fue rentable. —Se encogió de hombros—. Puedo permitírmelo perfectamente, y Jane se merecía su paga.

—Ciertamente lo merecía. ¿Espero que me acompañes pronto a un banco para que pueda cambiar mis fondos?

—Por supuesto. —Dudó brevemente antes de preguntar con delicadeza—: No tienes que decírmelo, y ciertamente no tienes que entregar nada de ello, pero ¿cuánto dinero *exactamente* cogiste de la caja fuerte de tu padre?

—Un poco menos de tres mil libras —dijo, sentándose muy erguida—. Lo cual no es nada comparado con las veinte mil que se suponía que serían mi dote, pero desafortunadamente, no puedo pedirle exactamente a mi padre que te las entregue.

—No las quiero ni las necesito, Ava. Y tus tres mil son tuyas; le pediré a mi banquero que abra una cuenta a tu nombre, para tu uso exclusivo, para que puedas depositarlas allí... pero te proporcionaré suficiente dinero para tus gastos personales para que no tengas que gastarlas. Necesitarás un nuevo guardarropa, pero mi madre te ayudará con eso; simplemente haz que todas las facturas me las envíen a mí.

—Un hombre generoso, en efecto —dijo Ava suavemente, y él sintió que sus mejillas se sonrojaban bajo su cálida mirada.

El carruaje se detuvo de nuevo, y Edmund se dispuso a abrir la puerta. —Aquí estamos —dijo—, nuestra casa de la ciudad.

Ava se inclinó hacia adelante para mirar, y Edmund se preguntó qué pensaría. Su padre era un hombre rico que sin duda mantenía una gran casa en Bristol, posiblemente también poseía una finca en el campo, pero Edmund había heredado un próspero negocio de su padre y había trabajado duro para hacerlo crecer. Los Hale estaban entre las primeras familias de Baltimore, y la casa de la ciudad que había construido hace unos años reflejaba su estatus.

—Oh, vaya —murmuró Ava, y él vio cómo hacía una mueca al mirarse a sí misma. Se avergonzaba de su vestido sencillo y gastado, se dio cuenta, y decidió que la primera orden del día sería convocar a todas las mejores costureras de Baltimore para asegurarse de que la nueva señora Hale estuviera adecuadamente vestida.

La puerta principal se abrió de par en par cuando subían los escalones, y Ruth Hale estaba de pie en la entrada, sonriendo ampliamente, con los brazos extendidos en señal de bienvenida. —¡Edmund! Y Dios mío, ¿quién es esta? —Dirigió una sonrisa amistosa hacia Ava, sus ojos agudos observando su mano en el brazo de Edmund.

—Madre —dijo Edmund—, me gustaría presentarte a mi esposa, Ava. Ava, mi madre, Ruth.

La sonrisa de Ruth desapareció, reemplazada por una expresión de completa sorpresa, aunque rápidamente volvió a poner la sonrisa.

—¡Edmund, muchacho terrible! —Llevándose una mano al pecho, se rio—. ¡Cómo te deleitas en sorprenderme! ¿Es verdad que estás casado?

Cuando él asintió, ella dirigió su atención a Ava, examinándola a fondo. —¡Pero si eres hermosa, niña! ¿Qué te poseyó para aceptar a mi tonto hijo? ¡Y aquí estamos, manteniéndoos de pie en el frío; entrad, entrad!

Ava se relajó ante el tono acogedor de Ruth, devolviéndole la sonrisa tímidamente y dejando que Edmund la guiara dentro. —Es una larga historia —dijo cuando Ruth insistió, preguntando por qué se había casado con Edmund.

—Sin duda, pero habéis hecho un largo viaje; debéis estar agotados. Edmund, al menos podrías haber enviado un aviso para que pudiera haber ordenado preparar una habitación y un baño para Ava además de para ti; por ese descuido tu castigo debe ser dejar que Ava tome tu baño y esperar a que se prepare otro.

—No tengo la más mínima objeción a eso —dijo él de buen grado, y permitió que Ruth se llevara a Ava escaleras arriba. Dirigiéndose a su despacho, hojeó algunas de las pilas de papeles que su secretario había dejado perfectamente organizadas en su escritorio hasta que Ruth apareció en la puerta.

—¿Qué demonios, Edmund? —cerró la puerta tras ella antes de acercarse y atraerlo hacia un abrazo—. Fuiste bastante enfático en que no estabas listo para tomar esposa cuando zarpaste, ¡y aquí estás apenas tres meses después presentándome a tu novia! ¿Te casaste en Inglaterra?

—A bordo del barco —admitió—, y mañana debo visitar al secretario del tribunal para averiguar si nuestro matrimonio es siquiera legal, o si deberíamos repetir la ceremonia.

Las cejas de Ruth se dispararon hasta la raíz del cabello, y tomó asiento frente a su escritorio, colocando sus manos entrelazadas sobre la rodilla e inclinándose hacia adelante con expectación.

—Creo que será mejor que me lo cuentes todo, ¿no te parece?



CAPÍTULO NUEVE

CONDUCIDA A UNA HABITACIÓN elegantemente amueblada por una doncella, Ava permitió que la joven tomara su capa y su sombrero, mirando a su alrededor con interés. Estas debían ser las habitaciones de su marido, se dio cuenta, observando los muebles robustos y masculinos, las cortinas verde oscuro en las ventanas a juego con las colchas. Con las mejillas sonrojadas, mantuvo la mirada resueltamente apartada de la cama.

—El cuarto de baño está aquí, señora —dijo la doncella, Sally, abriendo una puerta, y Ava la siguió, curiosa. Nunca había visto una habitación construida específicamente para bañarse y se detuvo, asombrada, en el umbral para mirar alrededor. Toda la habitación estaba alicatada y una gran bañera se encontraba en el centro del suelo, o más bien se erguía, sobre grandes patas con garras. Podía ver una tubería que salía de debajo y desaparecía en el suelo, y se dio cuenta inmediatamente de que debía ser una forma de drenar la bañera. Lo que haría mucho más fácil vaciarla y limpiarla, pensó. También había un complicado arreglo de tuberías que bajaban por la pared hasta un par de grifos que sobresalían en un extremo de la bañera, de uno de los cuales salía agua que realmente estaba humeando.

—Hay un calentador de cobre en el ático donde se calienta el agua —dijo Sally, interpretando correctamente la mirada de asombro de Ava—. Todavía tenemos que bombear el agua hasta allí, pero es mucho más fácil que cargar cubos por esas escaleras.

—Sin duda —asintió Ava, todavía mirando con asombro.

—¿Le gustaría que añadiera aceite de rosas al agua, señora? ¿Y puedo ayudarla con sus botones?

Casi como en un sueño, Ava permitió que Sally la ayudara a desvestirse y deslizarse en el agua caliente y fragante. La bañera era lo suficientemente larga como para que pudiera reclinarse con las piernas estiradas frente a ella, mucho más grande que incluso la bañera en la casa de su padre, en la que tenía que sentarse con las rodillas pegadas al pecho. Nunca había imaginado algo tan lujoso. Solo el conocimiento de que Edmund esperaba pacientemente su turno hizo que saliera cuando el agua comenzó a enfriarse incómodamente, en lugar de suplicar a la doncella por más agua caliente.

A Ava no le apetecía volver a ponerse ninguno de sus propios vestidos, ya que todos estaban desgastados por el viaje en el mejor de los casos, y se alegró cuando le trajeron un vestido nuevo.

—La señora Hale... ah, la señora Ruth Hale, quiero decir, lo envió para usted, señora. Dijo que ella es un poco más alta que usted, pero que debería servirle bien para esta noche... Puedo hacer unos pliegues en el dobladillo para evitar que arrastre por el suelo si lo necesita.

Dado que Ruth Hale superaba a Ava por una buena cabeza y media, ciertamente sería necesario subir el dobladillo. Ava sugirió que se trasladaran a otra habitación para hacerlo, para que Edmund pudiera reclamar su dormitorio y tomar su baño.

—¿No compartirá habitación con el señor, entonces? —preguntó Sally, y luego se sonrojó intensamente, pareciendo darse cuenta de que se había excedido—. Le pido perdón, señora, por favor, no quise... por supuesto, ¡la mejor habitación de invitados está justo al otro lado del pasillo!

Recogiendo las faldas del vestido en sus manos para no tropezar, Ava siguió a Sally sin decir palabra, sabiendo que sus propias mejillas también estaban ardiendo. Se quitó el vestido y se sentó envuelta en una manta frente al fuego mientras Sally cosía rápidamente. Ava estaba atenta a cada sonido al otro lado del pasillo; el paso medido de Edmund sobre las tablas de madera, el clic de la puerta al cerrarse. El sonido del agua corriendo.

No podía evitar pensar en cómo se vería él en el baño, esos anchos hombros que tensaban las costuras de sus abrigos, desnudos y mojados, su cabello oscuro ligeramente largo pegado a su cuello.

—Parece un poco acalorada, señora —observó Sally—. ¿Quiere que mueva su silla un poco más lejos del fuego?

—¡No, estoy bien! —Ava apartó la cara de la chica, tomó la taza de té que le habían traído junto con algunas galletas y dio un sorbo—. ¿Hace mucho que trabajas para los Hale, Sally? —preguntó, para cambiar de tema y alejar sus pensamientos de la forma desnuda de su marido en su baño a solo unos metros de ella.

—Desde que era una niña, señora —dijo Sally con orgullo, y Ava reprimió una sonrisa. Dudaba que Sally tuviera más de diecinueve años.

—¿Una niña de qué edad? —preguntó suavemente.

—Oh, catorce, señorita. Mi padre es marinero, ¿sabe? Ha estado navegando con Hale Shipping durante años. Todo el mundo sabe que si trabajas para Hale Shipping y tienes hijos, habrá trabajos y formación para ellos cuando tengan edad suficiente. —Cortando el hilo, Sally levantó el vestido y asintió, satisfecha con su trabajo—. Ya está, señora. ¿Quiere probárselo de nuevo?

Sally demostró ser tan hábil arreglando el cabello como lo era con la aguja, y pronto Ava se estaba mirando en un espejo de cuerpo entero, preguntándose cómo podía seguir pareciéndose

tanto a la chica que había sido llamada de Bath a Bristol hacía cuatro semanas, cuando por dentro sentía como si hubieran pasado cuatro años.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Edmund, vestido con un elegante traje de paño azul oscuro, el lino blanco como la nieve en su garganta contrastando fuertemente con su bronceado de marinero.

—¿Bajarás a cenar, Ava? Mi madre está ansiosa por conocerte apropiadamente, aunque si estás demasiado cansada, por supuesto puedo hacer que te suban una bandeja, ella lo entendería.

Ava esbozó una sonrisa. —No podría ser tan descortés. Por supuesto que estoy encantada de bajar y conocerla apropiadamente también. Ya que me prestó este hermoso vestido, es lo menos que puedo hacer.

—Te queda muy bonito —dijo él galantemente, ofreciéndole su brazo.

Era un vestido muy bonito, de lana gruesa y de alta calidad, de un color óxido profundo con bordados alrededor del cuello y los puños. Un vestido cálido y cómodo, perfecto para pasar una velada de invierno en casa con la familia.

—He pedido a varias modistas que vengan a atenderte aquí mañana por la mañana —dijo Edmund mientras bajaban las escaleras—, y debes encargarte un guardarropa completamente nuevo, Ava. Cualquier cosa que creas que necesitarás, y encarga algunas cosas solo porque te apetezca tenerlas, también.

—Me mimas —dijo Ava.

—Tengo la intención de intentarlo, sí. —Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba—. Sospecho que no te han mimado lo suficiente, a pesar de la riqueza de tu padre.

Ruth Hale se levantó de un salto de su asiento junto al fuego cuando entraron en el salón de abajo, acercándose con las manos extendidas para saludarlos. Fue tan cálida y acogedora que Ava estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Qué le dijiste? —susurró Ava a Edmund en un momento dado, cuando Ruth salió de la habitación para consultar con la cocinera—. Sobre mí, quiero decir.

—Le dije que te marchaste de Inglaterra para evitar un matrimonio que no deseabas, y que decidiste que yo te convenía más —le tomó la mano y se la apretó suavemente—. Puedes contarle el resto cuando estés lista. No se escandalizará, te lo prometo. Mi madre vivió una guerra.

—Esta noche no —decidió Ava, y él le llevó la mano a los labios y le besó el dorso, sobresaltándola.

—Cuando estés lista.

Ella lo miró fijamente, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera cómo se sentiría tener sus labios contra los suyos, y él le devolvió la mirada, aparentemente igual de cautivado por ella. Se inclinaban lentamente el uno hacia el otro, como atraídos por una fuerza inexorable, cuando Ruth volvió a entrar en la habitación.

—¡Oh, les ruego me disculpen! —Ruth se rio mientras ambos se sonrojaban y se separaban bruscamente—. Debería saber que no debo entrar sin anunciarme cuando hay recién casados, ¿verdad? Bueno, ustedes dos tendrán que contenerse un poco más; la cena está lista, y la cocinera dice que deben sentarse a tomar su sopa de jamón y patatas mientras está caliente.

Ava casi salió corriendo de la habitación tras Ruth, con Edmund caminando detrás de ella. Casi esperaba oírlo reír, pero no lo hizo; su expresión era seria cuando se atrevió a mirar por encima del hombro.

La cena debería haber sido agradable. La comida era abundante y deliciosa, y Ava descubrió rápidamente cuánto le agradaba Ruth, quien no podría haber sido más amable y cordial, obviamente encantada de que su hijo hubiera traído a casa una esposa.

Sin embargo, Ava se sentía tensa y nerviosa. Edmund estaba callado, dejando que Ruth dominara la conversación, pero sus ojos estaban constantemente sobre Ava. Tenía la extraña sensación de que él estaba esperando, como un gato a punto de abalanzarse sobre un ratón, aunque la analogía parecía errónea, pues ¿qué ratón estaría ansioso por ser atrapado?

Ruth se excusó después de la cena, diciendo que tenía cartas que escribir, y los dejó solos en el salón con una sonrisa cómplice en los labios. Ava se sentó en el borde de su silla, con la espalda recta como una tabla, y retorció sus dedos.

Edmund bebía lentamente de una copa de brandy, observándola con su mirada gris. —¿Temes que me abalance sobre ti? —Su voz profunda rompió el silencio, haciéndola saltar—. Llevamos semanas casados, Ava, y aún hemos tenido pocas oportunidades de conocernos.

Ella tragó saliva y miró sus manos, con los nudillos blancos. —No tengo miedo —negó rápidamente.

—¿Qué es, entonces? —Se inclinó hacia delante—. Seguramente sabes que no te haría daño.

—Lo sé —Reuniendo su valor, alzó la mirada y volvió a encontrarse con sus ojos—. No es el miedo lo que me impulsa... sino la anticipación.

Sus cejas se alzaron mientras la miraba fijamente y luego, lenta y deliberadamente, dejó su copa a un lado y le tendió la mano. Ella no dudó antes de aceptarla, y él la levantó suavemente y la condujo escaleras arriba.

En su dormitorio, cerró la puerta y la llevó hasta la cama, sentándose en el borde y haciendo que ella se colocara entre sus rodillas, frente a él. En esta posición, sus ojos estaban al mismo nivel, y ella no se sentía tan pequeña e indefensa junto a su corpulencia.

—¿Estás segura, Ava? —Una mano grande y callosa le acarició suavemente la mejilla, rozando los rizos dorados que se mecían en su garganta mientras su respiración se aceleraba—. Estoy perfectamente dispuesto a esperar, si lo deseas.

Ella tragó saliva. —No deseo esperar. Estoy... bueno, creo que estoy lista. No sé exactamente qué implica...

Su rara sonrisa floreció. —Te enseñaré lo que necesitas saber. Solo necesitas confiar en mí, Ava... ¿confías en mí?

—Sí —Su respuesta fue inmediata, sin pensar, y él tiró suavemente de sus manos para acercarla más, antes de levantarlas hasta sus hombros. Bajando las manos a su cintura, la acercó aún más, inclinándose y presionando sus labios suavemente contra los de ella.

Ava podía oír los latidos de su corazón retumbando en sus oídos. El mundo aparte de ellos dos desapareció. Era intensamente consciente de cada sensación, de la suavidad de la mandíbula de Edmund después de su afeitado, la suavidad de sus labios, el calor de sus manos quemando a través de su vestido hasta su piel. Balanceándose más cerca de él, separó los labios instintivamente cuando él pasó su lengua ligeramente sobre ellos, jadeando cuando su lengua de repente se introdujo en su boca.



Edmund apenas podía creer que Ava estuviera acogiendo sus besos; no solo eso, sino que estaba ayudándolo activamente a quitarle la ropa, desabrochando hábilmente los botones con los que sus torpes dedos tropezaban. Su vestido cayó, y él contuvo el aliento ante lo hermosa que era, su figura perfilada por la luz del fuego detrás de ella que brillaba a través de la fina seda de su camisola.

Pronunció su nombre con voz ronca, y ella sonrió, inclinándose hacia adelante, su inocente esposa aparentemente sabiendo por instinto qué hacer mientras se apretaba contra él. Levantando la mano, entrelazó sus dedos en su cabello.

—Enséñame qué hacer —susurró, con los labios tan cerca que rozaban los suyos al hablar—. Quiero ser tu esposa en todos los sentidos, Edmund... hazme tuya.

Ningún hombre vivo podría haber resistido esa suave súplica. Rodeando su cintura con los brazos, la levantó sobre la cama junto a él, y se dedicó con fervor a la tarea de amar a su esposa.



CAPÍTULO DIEZ

AVA SE REMOVIÓ CUANDO Edmund se levantó de la cama, murmurando en soñolienta protesta por la pérdida de su calor a su lado. Sonriendo, él se inclinó para besarle el hombro, subiéndole las sábanas antes de ir a avivar las brasas del fuego y colocar otro leño en la chimenea.

—¿Adónde vas? —preguntó ella con voz queda mientras él abría cajones y sacaba ropa limpia. Él miró hacia la cama para verla sentada, observándolo, con los brazos alrededor de sus rodillas. Parecía pequeña y desamparada... e increíblemente sensual, con sus rizos dorados cayendo sobre sus hombros.

—Primero al muelle, para asegurarme de que todo esté en orden con la descarga del cargamento y la entrega. —Volviendo a la cama, se sentó en el borde y le tomó la mano—. Y luego al juzgado, para ver si la carta del señor Swan es suficiente para probar que estamos legalmente casados a satisfacción de las autoridades locales.

Los ojos de ella brillaron con repentino humor.

—¡Ciertamente espero que sí, ya que acabamos de tener nuestra noche de bodas!

—No me opondría a repetir la experiencia —dijo él, impasible, lo que hizo que ella se riera y le clavara un dedo afilado en el hombro.

—¡Me estás tomando el pelo!

A él le gustaba bromear con ella. Le gustaba verla sonreír, verla reír. Le gustaba mucho verla en su cama con el pelo suelto. Curvando suavemente la mano alrededor de su nuca, se inclinó para reclamar un beso, lento y sensual.

Los ojos de Ava estaban vidriosos, sus labios hinchados y su respiración acelerada cuando él se apartó.

—Si no estamos realmente casados —dijo ella sin aliento—, ¿cuán pronto crees que podrías organizar una boda, para que podamos tener otra noche de bodas?

—Lo antes posible, pero estemos legalmente casados o no —dijo él con voz ronca—, volveré aquí a esta cama contigo esta noche. Puedes contar con ello.

Ella sonrió, una sonrisa satisfecha y presumida, y se acurrucó de nuevo en la cama mientras él se levantaba.

—Enviaré a Sally con algo de desayuno para ti —dijo él—. No duermas toda la mañana. Creo que madre ya ha organizado que varias de las modistas más prominentes de Baltimore pasen hoy para comenzar a producir tu nuevo guardarropa.



Ava se recostó contra las almohadas y observó a Edmund vestirse, una vista que bien valía la pena saborear. Los músculos de su espalda realmente ondulaban mientras se inclinaba para ponerse las botas, y ella lamentó, solo un poco, cuando él se puso una camisa limpia y cubrió toda esa magnífica carne masculina. Era un hombre apuesto, su marido.

Una vez vestido, se detuvo para besarla una vez más antes de partir, dejándola sentada en el dormitorio que se iluminaba lentamente con una sonrisa en el rostro, contemplando el leve dolor en partes de su cuerpo de las que apenas había sido consciente antes.

Sally llegó unos minutos después con una bandeja que llevaba una cafetera, panecillos recién horneados y una deliciosa mermelada de color púrpura profundo que Sally dijo que estaba hecha de arándanos.

—¿Arándanos? —Ava inspeccionó el plato de mermelada antes de untar un poco en el borde de un panecillo y mordisquear—. Oh... ¡está delicioso!

—¿No tienen arándanos en Inglaterra, señora?

—No que yo sepa. —Ava untó más mermelada y dio otro bocado al panecillo—. Sin embargo, estoy muy contenta de descubrirlos. ¿De qué otra forma se preparan? ¿Tartas?

—A veces, señora. O puede comerlos tal como salen de los arbustos. —Sally se movía por la habitación, deteniéndose junto a la cama antes de mirar a Ava—. ¿Necesita, eh, necesita algunos paños, señora?

Por supuesto, había algo de sangre en las sábanas. Sonrojándose, Ava negó con la cabeza, sin mirar a los ojos de la criada.

—No, gracias, Sally.

—Muy bien, señora. —Sally no dijo nada más, simplemente se puso a quitar eficientemente la ropa de cama manchada mientras Ava comía, con la cara roja.

Ava estaba tomando los últimos sorbos de su café cuando un golpe en la puerta anunció la llegada de Ruth, la mujer mayor le sonreía felizmente.

—¡Buenos días, querida! ¿Dormiste bien? Siempre me siento tan extraña la primera noche en tierra después de semanas a bordo del barco, todo parece seguir balanceándose durante al menos un día o dos, y me resulta difícil conciliar el sueño sin el golpeteo de las olas y el crujido del barco en mis oídos.

—No puedo decir que lo haya notado particularmente —dijo Ava, luchando contra el rubor que intentaba subir de nuevo mientras pensaba que había estado demasiado distraída por su marido para notar tal cosa.

—¡Qué suerte tienes! Bueno, si has terminado de comer, ya hay dos modistas esperando abajo en el salón. No estoy del todo segura de lo que Edmund les prometió, pero están muy ansiosas por comenzar a vestir a la nueva señora Hale. —Los ojos de Ruth, del mismo gris azulado que los de su hijo, se arrugaron en las comisuras—. Edmund me dijo que me asegurara de que pidieras *todo*, lo cual, por supuesto, no podemos hacer sin ir de compras, así que pensé que quizás tú y yo podríamos salir y visitar algunas tiendas esta tarde.

Ava encontró que era una idea muy agradable, y así lo dijo. Ruth la convenció de bajar al salón vistiendo solo una bata sobre su camisola, lo que facilitó a las modistas —cuyo número había crecido de dos a cinco— tomarle las medidas. Una de las mujeres, muy emprendedora, había traído varios atuendos casi terminados, algunos de los cuales requerirían solo pequeñas alteraciones para ajustarse a Ava y podrían ser entregados, prometió la modista, en uno o dos días.

Pasaron una feliz mañana eligiendo diseños y telas y encargando vestidos. Ava sospechaba que probablemente habían pedido mucho más de lo que ella jamás usaría, pero Ruth dijo riendo que Baltimore no era un desierto social y que Ava estaría muy solicitada como invitada en muchas casas.

Después de un ligero almuerzo, Ruth llamó al carruaje y partieron a las tiendas, pasando una feliz tarde comprando sombreros, guantes, zapatos, medias y más, todo de una calidad y moda al menos igual a cualquier cosa que pudiera encontrarse en las tiendas de Bristol o Bath. Todos los tenderos obviamente conocían a Ruth y la trataban con mucha deferencia respetuosa, incluyendo inmediatamente a Ava en ese trato una vez que Ruth la presentaba. Los Hale realmente eran bien conocidos en Baltimore, al parecer, y Ava se permitió disfrutar de la sensación de que todos sus caprichos fueran satisfechos.

Regresaron a la casa de la ciudad al caer el anochecer, cansadas pero contentas con los resultados de su expedición, el carruaje cargado de cajas y paquetes de sus compras. Ava se sintió un poco

culpable al mirar todo; aunque había intentado en la primera tienda sacar dinero de su ridículo para pagar los artículos que había seleccionado, Ruth no quiso oír hablar de ello, insistiendo en que las facturas serían enviadas a Edmund.

Su esposo salió al vestíbulo cuando entraron, desde la habitación que ella había descubierto esa mañana que era su despacho. Con una ligera sonrisa en su rostro mientras observaba a los sirvientes traer los paquetes detrás de ellas, preguntó:

—¿Has disfrutado tu día, Ava?

—¡Inmensamente! —Decidiendo de inmediato que debía mostrar su gratitud, Ava se apresuró a pararse frente a él, poniéndose de puntillas para besarle tímidamente la mejilla—. Probablemente hemos gastado demasiado de tu dinero, pero culparé a tu madre por ser una terrible influencia.

Él se rio abiertamente ante eso, y Ruth también, mientras le entregaba sus guantes y capa a su doncella.

—Madre solo está obedeciendo mis instrucciones. No me arruinarías aunque compraras en todas las tiendas de ropa de dama en Baltimore, esposa, te lo prometo. —Sus ojos grises eran cálidos mientras la miraba, su mano levantándose para acariciar ligeramente su mejilla—. ¿Madre ya te ha hablado de las fiestas de Nochebuena?

—¿No? —Apenas podía respirar, por la forma en que la miraba.

—Organizamos dos fiestas en Nochebuena —dijo, tomando su mano y llevándola al salón, acercándola al fuego—. Una en el almacén por la mañana, que estará vacío de mercancías para entonces, para todos los empleados de Hale Shipping y sus familias. Madre habrá estado pasándoselo en grande las últimas semanas encargando juguetes para todos los niños, aunque estoy seguro de que se alegrará de tener tu ayuda para envolverlos y repartirlos ese día también.

—Y la segunda fiesta se celebra aquí por la noche, para los ricos y bien conectados —añadió Ruth, que los había seguido—. Será una excelente oportunidad para presentarte a la sociedad local como la nueva señora Hale.

—Hablando de eso —señaló Edmund—, de hecho, eres la señora Hale. El secretario del tribunal estuvo encantado de aceptar la carta del señor Swan e ingresarla en los registros.

—Oh... bueno, eso es un alivio. —Especialmente considerando lo que habían hecho la noche anterior. Y que esperaba que pudieran repetirlo esta noche. Si no estuvieran casados, estaba segura de que sería bastante perverso.

—Aunque parte de tu nuevo guardarropa estará listo en un día o dos, algunos de los vestidos más elaborados tardarán más —dijo Ruth, aparentemente felizmente ajena a la tensión que se arremolinaba entre los recién casados mientras se calentaba las manos junto al fuego—. Pero estoy segura de que al menos uno de ellos estará listo a tiempo para la fiesta de Nochebuena aquí.

—En efecto —dijo Ava delirante, apenas sabiendo a qué accedía.

Ruth se dio la vuelta, obviamente notó la manera en que se miraban el uno al otro, y se rio—. La cena será en aproximadamente una hora y media —comentó—, lo que debería darles suficiente tiempo para cambiarse, así como para cualquier otra cosa que se les ocurra hacer en ese tiempo, así que me disculparé y los veré un poco más tarde. —Dirigiéndose majestuosamente hacia la puerta, se volvió en el umbral para gritar—: ¡Ve a tu habitación, Edmund! ¡No permitiré que escandalices a los sirvientes!

Ava pensó que podría desmayarse de vergüenza mientras Edmund se reía y respondía afirmativamente.

—¡Ella sabe lo que vamos a hacer! —siseó horrorizada mientras Edmund le tomaba la mano y la conducía hacia las escaleras—. ¡También los sirvientes! —al ver que la doncella que encendía los candelabros en el vestíbulo apartaba apresuradamente la mirada de ellos.

—Sí, lo saben —asintió Edmund—. Ven a un hombre muy enamorado de su hermosa esposa nueva, y madre, al menos, es muy consciente de lo que eso significa. De ahí mi existencia.

Ella parpadeó, ya a mitad de camino por las escaleras cuando entendió su significado—. ¡Oh! Edmund, eres... —No se le ocurría una palabra.

—¿Deplorablemente franco? —sugirió él.

—Deplorable —estuvo de acuerdo, pero se estaba riendo, y él también.

—A nadie le importa lo que hagamos en la privacidad de nuestro propio hogar, Ava, y especialmente una vez que estemos detrás de la puerta de nuestra habitación. —Cerró dicha puerta detrás de ellos—. Y para decir la verdad, no me importa lo que los demás piensen de mí. Pueden llamarme tonto por estar completamente embelesado con mi esposa; que lo hagan.

—¿Lo estás? —preguntó ella, sin aliento mientras sus brazos se enroscaban alrededor de su cintura.

—¿Tonto?

—Embelesado conmigo.

—Completamente. —Bajando la cabeza, la besó, y ella se entregó por completo a la pasión que encontró en sus brazos.



CAPÍTULO ONCE

LOS SIGUIENTES DÍAS TRANSCURRIERON en un frenesí de actividad, dedicando las jornadas a ayudar a Ruth a preparar las dos fiestas de Navidad y las noches llenas de pasión mientras Ava y Edmund se descubrían mutuamente.

Su matrimonio se estaba convirtiendo en una verdadera asociación, y no solo en la cama. Ruth estaba mucho más involucrada en Hale Shipping de lo que Ava había imaginado, tomando decisiones junto con Edmund sobre el futuro de la empresa, y ambos parecían esperar que Ava también diera su opinión. Se sorprendió al darse cuenta de que tenía más que aportar de lo que esperaba, habiendo absorbido una buena cantidad de información al estar cerca del negocio de su padre, aunque él nunca le hubiera prestado atención.

Ruth presentó a Ava a varias de sus amigas, todas ellas muy activas en la sociedad de Baltimore, y casi todas parecían encantadas de conocer a Ava... las únicas excepciones eran madres decepcionadas de hijas casaderas que habían esperado atrapar a Edmund, según señaló Ruth, pero nadie fue lo suficientemente maleducado como para atreverse a desairar a Ava por mera decepción. La única visita que Ava no disfrutó fue a una tal señora Hall, esposa de un juez prominente. Aunque la señora Hall era una dama encantadora, resultó que los Hall eran los parientes de Baltimore que el señor Peters, el joven aristócrata arrogante que había insultado a Ava a bordo del *Stella Marie*, estaba visitando. Peters pasó toda la visita sonriendo con suficiencia a Ava y haciendo comentarios despectivos sobre cómo la calidad de sus vestidos había mejorado ahora que estaba casada con un hombre de negocios adinerado.

No queriendo insultar a su anfitriona, Ava solo pudo enfurecerse en silencio y esperar que Peters se marchara a Nueva York antes de la fiesta de Nochebuena, a la que los Hall estaban, por supuesto, invitados. Vana esperanza, sin embargo, ya que le besó la mano antes de partir y dijo que esperaba el evento con gran anticipación.

En la mañana de Nochebuena, los tres subieron al carruaje para dirigirse al vasto almacén junto a los muelles de Hale Shipping. Vaciado de sus mercancías, el espacio estaba lleno de mesas cubiertas con un festín espectacular y cientos de hombres, mujeres y niños parloteando.

Se escuchó una ovación cuando Edmund entró con Ruth y Ava a cada lado, y Ava miró

alrededor asombrada.

—¿Todas estas personas trabajan para Hale Shipping? —le preguntó a Edmund, teniendo que alzar la voz para hacerse oír por encima del alboroto.

—Al menos un miembro de cada familia, sí. —Edmund sonrió ampliamente por encima de su cabeza—. Aquí hay alguien que te alegrará ver.

—¡Jane! —exclamó Ava con deleite, abriendo sus brazos para abrazar a la otra joven. Jane se veía bien, un poco más rellenita, muy bien vestida con un vestido de lana verde—. ¿Cómo estás? Debes contarme qué has estado haciendo... ¿ya eres tía?

—En efecto lo soy, señora. ¡Venga a conocer al bebé!

Ava se complació en arrullar al bebé saltarín que le presentaron sus orgullosos padres, y se alegró aún más al escuchar de Jane lo feliz que estaba la otra chica. Jane incluso tenía un pretendiente, confesó con las mejillas sonrosadas, un joven que vivía en la misma calle y también trabajaba para Hale Shipping como empleado de almacén.

—¿Andrew Malone? —dijo Edmund con una sonrisa, obviamente habiendo escuchado a escondidas su conversación—. Un joven muy centrado con buena cabeza sobre los hombros. Trágicamente propenso al mareo, pero tiene un futuro brillante en el almacén.

—Me gustaría conocerlo —dijo Ava—, ¡para ver si es lo suficientemente bueno para mi querida Jane!

Un joven de cara roja fue debidamente presentado, tartamudeando de nerviosismo al ser introducido a su atención. Sin embargo, la mirada de adoración que le lanzó a Jane disipó cualquier preocupación que Ava pudiera haber tenido por su amiga.

Ruth la llamó entonces para comenzar a repartir los regalos para los niños. Había docenas de ellos, animales de madera tallada y carretas con ruedas que giraban, muñecas con cabello real y bonitos vestidos, trompos y cuerdas para saltar, bolsas de canicas y palillos chinos, sets de raqueta y volante. Había paquetes llenos de nueces confitadas y azúcar de cebada para llevar a casa después del festín, que a Ava le pareció demasiada comida para los presentes. Incluso había músicos para entretener a la multitud mientras comían, bebían, hablaban y reían.

Ava nunca había asistido a un evento así. Estaba encantada con el espectáculo, la alegría, el ruido y el regocijo sin reservas de la compañía, y lamentó mucho cuando Ruth le tiró de la manga y le aconsejó con renuencia que debían irse para regresar a casa y cambiarse de ropa antes de que los invitados comenzaran a llegar para el evento de la noche.

—Los que tienen niños se están yendo para llevarlos a casa de todos modos —señaló Ruth—, aunque la fiesta continuará hasta la noche. Es mejor que nos vayamos antes de que las cosas se pongan un poco alborotadas para nosotras, querida. —Sus ojos brillaron mientras metía su mano en el hueco del brazo de Ava—. También disfrutarás de esta noche, te lo prometo.

Ava no estaba tan segura, especialmente si el odioso señor Peters planeaba asistir, pero tenía poca elección, así que se despidió de Jane y su pretendiente y acompañó a Ruth hasta donde Edmund las esperaba cerca de la puerta. Estaba hablando con otro hombre, con un profundo ceño fruncido en su rostro, aunque aclaró su expresión cuando ella se acercó.

—¿Has disfrutado? —preguntó Edmund mientras la ayudaba a subir al carruaje.

—¡Oh, muchísimo! —exclamó Ava con entusiasmo—. Vaya, se siente como si todos fueran parte de la familia Hale, ¿no es así? Fueron tan acogedores conmigo, ¿cómo no iba a estar encantada con ellos?

Edmund y Ruth intercambiaron miradas, y luego Edmund sonrió, un poco enigmáticamente.

—Te lo dije —dijo, y Ruth levantó las manos.

—Tenías razón. Te juzgué mal —le dijo a Ava, quien los miró confundida.

—Madre ha notado lo refinados que son tus modales cuando te reuniste con aquellos de su círculo social —explicó Edmund—, y temía que pudieras resultar un poco demasiado refinada para ser feliz mezclándote con nuestros empleados. Yo sabía, sin embargo, que serías infaliblemente amable con cualquiera, ya fuera una princesa o un deshollinador.

Su fe en ella la hizo sentir cálida por dentro. Metió su mano en la de él y se apoyó en su hombro mientras el carruaje rodaba de vuelta por las calles hacia su casa.

—¿Quién era ese hombre con el que hablabas cuando nos íbamos? —preguntó Ava.

Edmund se tensó ligeramente.

—Uno de los gerentes del almacén. Me dijo que hubo un visitante extraño en las oficinas ayer; un hombre haciendo preguntas sobre los pasajeros del último viaje del *Stella Marie*. Específicamente, preguntando por una señorita Brunswick.

Ava contuvo la respiración, mirándolo horrorizada. Él le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Mi gerente le dijo al visitante, correctamente, que no había ninguna señorita Brunswick en el manifiesto de pasajeros desembarcados. Incluso se lo mostró, y allí solo figurabas como "Señora Hale", ni siquiera tu nombre de pila para llamar su atención.

Ava se sintió mareada.

—Todavía me están buscando —murmuró.

—Y quizás tengan hombres en una docena de otros puertos también. Podrías haber zarpado a

cualquier número de lugares.

Ella no discutió, aunque pensaba que no eran tantos. La búsqueda habría comenzado en un día, ¿y cuántos barcos podrían haber zarpado en ese tiempo?

—¿Vas a contarme de qué se trata todo esto? —preguntó Ruth con curiosidad desde el otro lado del carruaje.

Edmund no dijo nada, dejándolo a elección de Ava.

—Mañana —dijo finalmente, odiando la idea de que Ruth la miraría de manera diferente una vez que supiera la verdad. Una vez que supiera que Ava había matado a un hombre—. Después de la fiesta.

—Lo que tú desees, querida —Ruth le sonrió con dulzura—. Edmund obviamente lo sabe y no está preocupado, así que quita esa expresión de tu rostro, Ava. He llegado a quererte como a la hija que nunca tuve; cualquier secreto que estés guardando, nada cambiará eso.

¿Incluso un asesinato? Pero no lo dijo en voz alta, solo cerró los ojos, apoyándose contra Edmund y respirando profundamente. Disfrutaría de esta noche y mañana, hablaría con Ruth y esperaría que su relación no cambiara una vez que la verdad saliera a la luz.



Varios de los nuevos vestidos de Ava habían sido entregados y ella había seleccionado el más hermoso para usar esta noche, un sedoso azul pálido con un sobrevestido de encaje plateado. Los ojos de Edmund se iluminaron cuando la vio bajar las escaleras con él puesto, y dio un paso adelante para tomar sus manos entre las suyas, inclinando la cabeza para reclamar un beso lento y apasionado que hizo que sus mejillas se sonrojaran.

—Te ves hermosa —murmuró—, y confieso que interrogué a tu doncella sobre tu probable elección de vestido, para poder comprarte un regalo apropiado que lo acompañara.

Ella lo miró con curiosidad, y él sonrió, soltando sus manos antes de meter la mano en su bolsillo y sacar un río resplandeciente de plata, que se reveló al extender las manos como un collar de copos de nieve de plata forjada y un par de pendientes a juego.

—¡Oh, qué hermoso! —exclamó encantada—. Edmund, no tenías que... ¡ya me has dado tanto!

—Te dije que tenía la intención de mimarte —Se movió detrás de ella y le colocó el collar alrededor del cuello, cerrando el broche y dejando caer un beso en la nuca que la hizo estremecer de placer—. Aunque tendrás que ponerte los pendientes tú misma, ¡ya que no confío en mi

habilidad para colocarlos de manera segura!

Ella se rio y los tomó de su mano, acercándose al espejo cerca de la puerta principal y mirándose mientras se los ponía, girando la cabeza de un lado a otro para admirar su brillo. —Me encantan, Edmund. Gracias.

—Yo te amo a *ti* —dijo él, con voz baja y profunda mientras deslizaba sus brazos alrededor de su cintura—. Estoy muy contento de que el *Stella Marie* fuera el barco que elegiste para dejar Inglaterra, Ava. Muy contento.

—Yo también —susurró ella en respuesta, girándose y entrelazando sus manos detrás de su cabeza, atrayéndolo para un beso.

—¡Nuestros invitados comenzarán a llegar en cualquier momento, ustedes dos, guarden ese comportamiento para después de que todos se hayan ido! —llamó la voz risueña de Ruth, y se separaron, ambos sonriendo tímidamente.

El mayordomo pasó, cuidadosamente sin mirar a ninguno de los dos, para tomar su posición en la puerta, y Ruth les hizo señas para que entraran en el salón, con una amplia sonrisa en su rostro.

—¡Qué hermosa te ves, Ava! Seguramente ganarás un buen número de nuevos admiradores esta noche; quizás Edmund sea sabio al asegurarse de ti primero —Sus ojos grises se arrugaron en las esquinas mientras bromeaba.

—Espero que él sepa que nunca tendrá motivos para dudar de mí —respondió Ava mientras su esposo les entregaba copas de jerez a ambas.

Edmund no tuvo oportunidad de responder cuando el mayordomo anunció la llegada de sus primeros invitados, pero esperaba que la calidez de su expresión le asegurara a Ava sus sentimientos. Permaneció cerca de su lado durante la primera hora de la fiesta, al menos hasta que vio que estaba bastante cómoda. Lo cual estaba, habiendo conocido ya a muchos de los asistentes gracias a Ruth, que la había acompañado por la ciudad en visitas sociales todos los días durante las últimas dos semanas. Finalmente, se permitió ser alejado por un colega de negocios, pero se mantuvo donde siempre podía mantenerla a la vista.

Podía notar que la noticia de que alguien había estado preguntando por la señorita Brunswick la había perturbado. A él también le preocupaba, pero en menor medida; estaba seguro de que su esposa no podría ser obligada a regresar a Inglaterra contra su voluntad.

—El juez Hall, la señora Hall, la señorita Hall, el señor Peters y su invitado, el conde de Marchmere —anunció el mayordomo.

Edmund estaba mirando a Ava y vio cómo el color desaparecía de su rostro. Se tambaleó, extendiendo ciegamente la mano hacia un lado y agarrando el brazo del anciano caballero que estaba allí, quien la miró sorprendido.

Abandonando su conversación sin ceremonias, Edmund se apresuró a cruzar la habitación hacia Ava, mirando rápidamente para ver qué la había perturbado tanto de los recién llegados. Recordaba a Peters del viaje, pero estaba seguro de que Ava tenía la medida del hombre. Tenía que ser el otro hombre, el noble, cuya presencia provocaba una reacción tan extrema. ¿Alguna vez Ava le había dicho el nombre del hombre con quien su padre había intentado casarla? No podía recordarlo.

El conde era alto, tan alto como el mismo Edmund, y bien parecido, con cabello negro rizado y un rostro delgado y atractivo. Su sonrisa podría haber sido atractiva para algunos, pero Edmund vio la malicia en ella mientras avanzaba hacia Ava, con los ojos fijos en ella como un lobo acechando a su presa.

Había demasiada gente entre Edmund y Ava; el conde iba a llegar a ella primero. —Quítese de en medio —espetó a una mujer que dio un jadeo sorprendido y ofendido; a él no le importaba en lo más mínimo. Nada importaba más que llegar a Ava a tiempo para ayudarla a enfrentar cualquier problema que este hombre trajera consigo. La mirada preocupada en el rostro del juez Hall le dijo que no iba a ser nada que quisiera escuchar.

—Hale, este hombre dice... —comenzó el juez mientras Edmund se acercaba.

—No hagamos esto, sea lo que sea, en público —dijo Edmund rápidamente, y cuando el conde se acercó para enfrentar a Ava y abrió la boca, Edmund extendió la mano y le puso firmemente una mano en el hombro—. Mi lord, me alegro de que haya podido unirse a nosotros. ¿Podría concedernos un momento en mi estudio?

El conde se volvió para enfrentar a Edmund con el ceño fruncido, pero el juez se acercó a su lado, asintiendo.

—Sí, sí, tiene razón, creo que la privacidad es lo mejor. Hale, será mejor que traiga... a *ella* — Asintió hacia Ava, aún pálida como la leche, siendo apoyada ahora por Ruth, que también se había apresurado a su lado.

El conde —Marchmere— se sacudió la mano de Edmund del hombro, frunciendo el ceño, pero asintió de mala gana y siguió mientras Edmund tomaba el brazo de Ava y se dirigía a su estudio. Ruth los siguió con el juez, el conde cerrando la marcha. El señor Peters también se deslizó en el estudio, notó Edmund mientras acompañaba a Ava a la silla detrás de su escritorio y la animaba gentilmente a sentarse.

—Ahora —dijo, cruzando los brazos y mirando alrededor de la habitación—, ¿qué significa esto, juez? Somos viejos amigos, pero ¿quién es esta persona que ha traído a mi casa?

—Permítame presentarme —dijo el conde con suavidad—. Soy Simon Blacklock, el Conde de Marchmere, y me temo que es usted quien ha traído a un extraño a su casa, un extraño que, de manera bastante impactante, se ha aprovechado de su buena naturaleza. Verá, la mujer sentada en su escritorio, la mujer que lo convenció de casarse con ella en una ceremonia a bordo del barco y ofrecerle su protección... es mi esposa.



CAPÍTULO DOCE

DE TODAS LAS COSAS que Edmund pensó que el conde podría decir, esa era la última. Había asumido que el hombre estaba al tanto del pasado de Ava, posiblemente incluso el heredero del hombre al que ella había matado en defensa propia. Pero... ¿su *esposo*?

Ava dejó escapar un pequeño grito y se puso de pie de un salto. —¡No! ¡No estábamos casados!

—Señora —dijo el juez Hall, no sin amabilidad—, su señoría me ha mostrado los documentos. Las amonestaciones se publicaron en Bristol y en su parroquia natal en Somerset, y se publicaron en los periódicos, y tiene un certificado de matrimonio que es una copia de un extracto del registro parroquial de Marchmere.

—Eso es imposible —dijo Ava, y Edmund realmente no sabía a quién creer.

—Ava —dijo él—, ¿es este el hombre...?

—Sí. —Ella lo miró, aún pálida, pero con manchas de color ardiendo en sus mejillas—. Pensé... bueno, ya sabes lo que pensé. Pero te juro, Edmund, ¡que no nos casamos! Es posible que las amonestaciones se publicaran sin mi conocimiento o consentimiento, pero no se llevó a cabo ningún matrimonio.

El juez sacó un papel de su bolsillo, lo desdobló y se lo entregó a Edmund sin decir una palabra.

Era un certificado de matrimonio, por lo que podía ver, de Simon Blacklock y Ava Brunswick. Lo sostuvo con dedos temblorosos, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Seguramente, seguramente Ava no podría haberle mentido. No sobre todo...

—Déjame ver eso. —Ruth le arrebató el papel de los dedos y lo examinó—. ¿En qué fecha zarpaste de Bristol, Edmund? —preguntó después de un momento.

—El tres de noviembre —dijo él aturdidamente, después de tener que estrujarse el cerebro por un momento.

—¿Y los registros del viaje han sido depositados en el tribunal, correcto?

—Por supuesto.

—Entonces está claro que este documento es una falsificación. Porque está fechado el *seis* de noviembre.

La sonrisa de autosuficiencia en el rostro del conde desapareció.

—¿Cómo dice? —dijo el juez bruscamente, y se movió al lado de Ruth para mirar por encima de su hombro—. ¿Qué significa esto? —Obviamente furioso, se volvió hacia el Sr. Peters, quien también había perdido la expresión ávida que había estado luciendo desde que entró en el estudio —. ¿Quién es este charlatán que me ha traído, Martin? ¿Es usted siquiera el Conde de Marchmere? —exigió al conde.

—¡Por supuesto que lo soy! —farfulló el conde.

—¿Y aun así presenta un documento obviamente falsificado a un *juez*? ¿E intenta usarlo para atacar a la esposa de no solo uno de los ciudadanos más prominentes de Baltimore, sino también a un amigo personal mío? —El juez estaba claramente indignado, y Edmund estaba más que feliz de dejarlo desahogar su ira contra el conde y Peters.

Ava estaba temblando, y él se acercó para rodearla con su brazo, solo entonces dándose cuenta de que ella tenía el cajón del escritorio abierto y su mano en la pistola que él guardaba dentro.

—No hay necesidad de eso —dijo en voz baja, apartando su mano y cerrando el cajón—. Confía en mí, Ava. Él no te llevará a ninguna parte.

—¿Me crees? —Ella levantó sus enormes ojos hacia él, su voz un hilo delgado y tembloroso.

—Incluso sin la fecha que prueba que ese documento es falso, sí, te creo. —Se inclinó para presionar un beso suavemente contra su sien—. Eres mi esposa, Ava. No te dejaré ir.

Dedos fríos se enroscaron en los suyos y ella se aferró con fuerza mientras escuchaban al conde intentando farfullar contra la fría ira del juez. Ruth estaba mirando los otros documentos, se acercó para mostrárselos a Edmund y Ava.

—Por esto tiene la fecha del seis... el tercer lote de amonestaciones se publicó el cinco. El matrimonio no podía tener lugar antes de eso. Debe haber obligado al vicario de su parroquia natal a escribir esto... probablemente tiene el beneficio, así que el pobre hombre no pudo negarse.

—Debe haber ido directamente allí desde Bristol después de... —Ava levantó su mano libre para tocarse el lado de la cabeza—. Todavía apenas puedo creer...

No está muerto, Edmund completó silenciosamente por ella. Sabía cuánto le había preocupado

pensar que había matado a un hombre, aunque se estuviera defendiendo.

—Debe haber querido casarse contigo con mucha desesperación —murmuró—, y si te hubiera encontrado soltera, esos documentos habrían sido suficientes en casi cualquier parte para probar que eras su esposa y obligarte a regresar a Inglaterra con él. Su mala suerte que te casaras con el único hombre que podía demostrar que mentía con documentos propios.

El conde estaba gritando ahora, insistiendo en que los registros del barco podían ser falsificados. El juez no estaba dispuesto a aceptarlo, amenazando con hacer arrestar al conde, lo que sorprendió a Marchmere y lo dejó en silencio.

—Ser par del reino no es ninguna protección contra la ley en América, milord —dijo Edmund en el silencio atónito—. El fraude es un delito grave; si se combina con intento de secuestro...

—¡Secuestro!

—¿No planeaba forzar a mi esposa a irse con usted bajo falsos pretextos? —dijo Edmund, con un tono glacial—. Eso me suena a secuestro, ¿no es así, Juez Hall?

—Ciertamente lo es —asintió el juez con decisión.

—Estoy dispuesto a ser magnánimo —dijo Edmund—. Abandone Baltimore inmediatamente y no regrese.

—Pero...

—Esas son mis condiciones, Marchmere. No creo que quiera descubrir la alternativa. Y usted —cambió su mirada hacia Peters, que aún estaba de pie junto a la puerta y miraba fascinado—, no estoy seguro de qué papel tuvo en todo esto excepto traerlo a nuestra puerta, y francamente no me importa. Puede hacerle compañía. Si me entero de que alguno de ustedes sigue en Baltimore para esta hora mañana, iré a buscarlos. Tal vez no lo sepan, pero el duelo aún es legal aquí... y soy un tirador experto.

Ambos hombres palidecieron; Peters se acercó más a la puerta y Marchmere dio un paso atrás.

—No hay necesidad de eso, estoy seguro —dijo el conde, con la voz quebrándose ligeramente—. Un simple malentendido...

—¡¿Un *malentendido*?! —La voz de Ava se elevó mientras recuperaba su valor—. ¡Hombre egoísta, cobarde y mentiroso! ¡Fuera de mi vista antes de que te termine apropiadamente esta vez! —Agarró un pesado sextante de latón que estaba sobre el escritorio y avanzó hacia el conde con él en alto, y para diversión de Edmund, Marchmere dio media vuelta y huyó, con Peters pisándole los talones. El juez los siguió, murmurando disculpas por haberlos traído y prometiendo que los haría marcharse antes del amanecer. La puerta se cerró tras él.

—¿Esta vez? —inquirió Ruth, con una ceja levantada inquisitivamente.

Ava se sonrojó. Sonriendo, Edmund le quitó el sextante de la mano y lo volvió a poner en su escritorio.

—Baste decir que Ava ya venció a Marchmere una vez. Está bastante aterrorizado de ti, mi amor —dijo, lo que hizo que Ava sonriera temblorosamente.

—Bueno, yo por mi parte estoy inmensamente orgullosa de ti —declaró Ruth—. Aunque me alegro de que no hayas tenido que dispararle ni golpearle la cabeza con ese sextante. —Con un destello divertido en los ojos, se dirigió hacia la puerta—. Iré a empezar a tranquilizar a nuestros invitados, asegurándoles que no hay nada de qué preocuparse. Cinco minutos, y ustedes dos será mejor que vengan a reunirse conmigo.



Cuando Ruth salió de la habitación, Ava sintió que sus piernas cedían. Edmund la atrapó mientras se desplomaba, ayudándola a sentarse en la silla de su escritorio y arrodillándose a su lado, tomando sus manos entre las suyas.

—¡Ava! ¿Estás bien, mi amor?

¿Cómo podría explicar el intenso alivio que sentía? Después del impacto de ver a Marchmere aparecer como un fantasma vengativo, y luego enterarse de que estaba tan decidido a tenerla bajo su control que había venido armado con un certificado de matrimonio falsificado, Ava apenas podía creer que todo hubiera terminado. ¡No solo eso, sino que nadie vendría a arrastrarla de vuelta a Inglaterra para enfrentar un juicio por asesinato, ya que en realidad no lo había matado!

Sus manos temblaban en el cálido agarre de Edmund, y mientras miraba su rostro preocupado, sintió una repentina oleada de amor por él. Debió haber quedado desconcertado por ese falso certificado de matrimonio, debió haberse preguntado si ella le había estado mintiendo todo el tiempo, y aun así estaba segura de que él la habría apoyado, se habría negado a dejar que Marchmere se la llevara sin luchar.

—Gracias —dijo ella—, por todo.

—Soy yo quien debería estar agradecido. —Se inclinó hacia adelante, presionó su frente contra la de ella y le dio un suave beso en los labios—. Agradecido de que estuvieras dispuesta a confiar en mí, a darme una oportunidad.

—Estoy tan feliz de haber abordado el *Stella Marie* aquella noche —susurró, cerrando los ojos y apoyándose en él, regocijándose en su calma, fuerza y apoyo. No quería imaginar dónde podría

estar ahora si no hubiera encontrado a Edmund, si él no hubiera estado tan decidido a descubrir su verdad y luego ayudarla una vez que lo hizo.

—Yo también lo estoy. —La besó de nuevo, más profundamente esta vez, cálido y dulce, tanto que ella se balanceó hacia él y suspiró cuando él rompió el beso con reluctancia—. Si lo deseas, señora Hale, presentaré tus disculpas y podrás escabullirte arriba...

—Ciertamente que no —le dijo con firmeza—. He estado esperando esta fiesta con ansias, y no dejaré que Marchmere arruine un minuto más de mi vida.

—Por supuesto que no. —La mirada de Edmund era aprobatoria—. Se ha ido, y nunca más tendrás que pensar en él.

—Estoy decidida a que así sea, de verdad. —Ava levantó la barbilla con orgullo—. Pero creo oír a los músicos afinando, lo que significa que el baile está a punto de comenzar. Ya que aún no he tenido la oportunidad de bailar contigo, ¿espero que me concedas esta pieza?

Él echó la cabeza hacia atrás y rió, antes de ponerse de pie y ayudarla a levantarse. —¡Bailaré contigo en cualquier momento que desees, mi adorada esposa! Vamos entonces, y acallemos cualquier rumor que haya comenzado a circular apareciendo disgustingamente devotos el uno al otro.

—Oh, no será difícil parecer devota a ti, mi esposo —dijo Ava felizmente mientras él la guiaba de vuelta para unirse a la fiesta—. No será difícil en absoluto.

~ Fin ~

Si has disfrutado de este romance navideño de la época de la Regencia, ¿por qué no pruebas ***La Apuesta del Corazón***? ¡Sigue leyendo para un capítulo de muestra gratuito!

En las encantadoras profundidades de Cornualles, Evie Kernow, una rebelde llena de vida exiliada de las brillantes calles de Londres, emprende un viaje donde el amor florece de forma inesperada. En una tierra impregnada de secretos y contrabandistas, se encuentra con Gryffyn Pascoe, una figura oscura e imponente. Inicialmente poco impresionada por los lugareños, Evie se siente irresistiblemente atraída por el apuesto dueño de una elegante finca, un hombre que ha olvidado la calidez de una sonrisa.

Impulsada por su curiosidad, Evie hace una apuesta audaz consigo misma: desentrañar los secretos detrás del corazón cerrado de Gryffyn y enseñarle la alegría de una sonrisa genuina. Mientras recorren los paisajes salvajes y enfrentan las expectativas de la sociedad, entre ellos surge un vínculo inexpresado. La determinación vivaz de Evie despierta las emociones dormidas de Gryffyn, encendiendo una pasión que ambos creían inalcanzable.

En el impresionante escenario de la cautivadora belleza de Cornualles, Evie y Gryffyn emprenden un conmovedor baile de amistad, esperanza y promesa de amor. ¿Podrá el toque tierno de Evie y su espíritu indomable sanar el alma herida de Gryffyn?

Déjate llevar por esta cautivadora historia, donde la magia de Cornualles teje su hechizo y el amor florece contra todo pronóstico.



La Apuesta del Corazón - Capítulo de Muestra

— *¡Evadne Rose!*

Fue un chillido penetrante, que resonó en las paredes de la casa señorial, deteniendo a Evie en seco mientras intentaba subir sigilosamente las escaleras.

—Creo que su madre sabe que está en casa, señorita Evie —dijo el mayordomo, en un típico y enorme eufemismo.

—Sí, gracias, Goatley —dijo Evie con un suspiro, abandonando su intento de escabullirse por las escaleras y dirigiéndose a la puerta del salón—. ¿Podrías pedir que nos traigan té y pastel, por favor?

—No estoy seguro de que el té y el pastel calmen el temperamento de la señora Halliden, señorita Evie, pero por supuesto. —El amable mayordomo, que había conocido a Evie toda su vida, le lanzó una mirada de suave reproche mientras le abría la puerta del salón—. Esta vez sí que la ha hecho buena, señorita Evie —murmuró en voz baja mientras ella pasaba junto a él—. Será mejor que se prepare para suplicar.

Suplicar no estaba en absoluto en la naturaleza de Evie.

—*¡Apostar!* —gritó la señora Halliden, levantando las manos al aire—. ¡En una carrera de caballos! Oh, Evadne, ¿en qué *estabas pensando*?

—Estaba pensando que el caballo gris de Lord Dunallen era claramente el animal más rápido y resultaba bastante inexplicable que todo el mundo apostara por el alazán del señor Highton —murmuró Evie entre dientes—. Y tenía razón. —Tenía las cinco guineas en el bolsillo para demostrarlo... cinco guineas que esa mañana habían sido diez chelines.

—¡Te *vieron*! —chilló su madre, agitando un pañuelo con borde de encaje—. ¡No solo haciendo la apuesta, sino vitoreando y gritando con un grupo de jóvenes alborotadores en la línea de meta!

Evie podía entender cómo esto podría considerarse una conducta objetable y grosera... si fuera una debutante, alguna señorita casadera recién llegada al mercado matrimonial. Alguien como su hermanastra Sophie.

Evie, sin embargo, tenía veintisiete años, y estaba tan atrás en la lista de candidatas que bien podría ser invisible.

—No puedo imaginar que a alguien le importe, mamá. —Se contuvo de encogerse de hombros —. A nadie le importa lo que yo haga. *Ni siquiera a ti*.

—¡Niña egoísta y testaruda! —se lamentó su madre, sin que el histrionismo diera muestras de disminuir en volumen o intensidad—. Sir Eric Fitzwalter está a punto de pedir la mano de Sophie, y su madre es una de las más estrictas de la alta sociedad. Lady Fitzwalter vino aquí hace apenas una hora y me confió sus *grandes preocupaciones* sobre tu conducta.

—Espera. —Evie se quedó inmóvil—. ¿Está... reconsiderándolo? No puede ser. Seguramente no. Adora a Sophie, y ella es la joya de la temporada. —También era la única persona en el mundo a quien Evie amaba incondicionalmente.

—¡Si se casa con otra, será toda tu culpa!

Evie se mordió el labio. Realmente nunca había imaginado que lo que ella hiciera pudiera reflejarse negativamente en Sophie. A nadie le había importado un comino lo que Evie hacía desde su propio y poco impresionante debut.

—¡Eres igual que tu padre!

Y ahí está.

Evie era el producto del primer matrimonio de su madre con Edward Kernow, un caballero de Cornualles del que su madre nunca había hablado en términos que no fueran de menosprecio. Derrochador, libertino, jugador. Un necio que se había caído de su caballo durante una carrera ebrio contra uno de sus compinches, dejando a su viuda en circunstancias difíciles y a su hija huérfana de padre.

La viuda Kernow había tenido la suerte de llamar la atención de otro pretendiente, y se casó con Bertram Halliden después de un intervalo de luto adecuado. A su debido tiempo fueron bendecidos con Sophie, universalmente adorada por toda la familia.

El señor Halliden toleraba bastante bien a Evie, pero dejaba claro que Sophie era la niña de sus ojos... y heredera de su considerable fortuna, mientras que Evie debía considerarse afortunada de que los padres de su madre estuvieran dispuestos a concederle mil libras. Una chica diferente podría haberse resentido, haberse resentido de la buena fortuna de Sophie, pero Evie se consideraba afortunada. Nunca había querido ser el brindis de la alta sociedad, ser perseguida por cada joven galán (y muchos no tan jóvenes) con un ojo puesto en la fortuna que iba a heredar.

Además, nadie podía guardar rencor a Sophie, la chica más dulce que jamás había existido. Evie no permitiría ni por un momento que la lastimaran, y Sophie estaba realmente encariñada con Sir Eric, un hombre acaudalado por derecho propio que ciertamente no perseguía a Sophie por su herencia. En opinión de Evie, Sir Eric era, con mucho, el mejor de los numerosos pretendientes de Sophie, y pensaba que podría hacerla feliz. Si se echaba atrás por el comportamiento de Evie, nunca se lo perdonaría.

—Lo siento, mamá —dijo, interrumpiendo los angustiados gritos de su madre—. ¿Qué necesitas que haga?

Sorprendida por el tono genuinamente arrepentido de Evie, su madre la miró por encima de su pañuelo agitado, entrecerrando los ojos.

Evie podía entender la sospecha de su madre. Las disculpas no eran algo que Evie soliera ofrecer, especialmente cuando no creía haber hecho nada malo. Lo cual tampoco creía esta vez, pero podía ver cómo los efectos podrían perjudicar a Sophie, y eso no podía permitirlo.

—¿Qué necesitas que haga? —repitió Evie—. No quiero poner en peligro el matrimonio de Sophie con Sir Eric. Haré lo que sea necesario. Lo que sea.

La señora Halliden se recostó en su silla, considerando a su hija mayor. El señor Halliden nunca se había negado a pagar el guardarropa de Evie, al menos, así que Evie vestía a la moda, con un traje de montar azul oscuro que realzaba muy bien sus ojos azules. Su cabello era de un tono marrón poco favorecedor y liso como un palo, para desesperación de su doncella, negándose a rizarse, pero no era mal parecida. Con una mejor dote y una actitud más complaciente, podría haber atraído a una colección de pretendientes propios, pero los pocos que la habían considerado pronto se habían visto disuadidos por su obstinada costumbre de decir y hacer exactamente lo que le placía.

—Bueno —dijo la señora Halliden, obviamente desconcertada. Sus ojos se entrecerraron con astucia—. Creo que lo mejor para todos sería que te ausentaras de Londres por un tiempo. Dado que tú y yo sabemos que no te tomarás amablemente el estar confinada en la casa, quizás deberías aceptar esa invitación de tu prima.

—¿Mi prima? —Evie no podía pensar a quién se refería su madre.

—Lord Pencarrow. Se ha instalado en la finca de Cornualles, con su hermana Lady Coxspeckle, y parece que ambos van a casarse pronto. Te han invitado a las bodas y a hospedarte con ellos cuando gustes.

—Cornualles está... ciertamente lejos de Londres —Evie no había estado en Cornualles desde que era una niña pequeña, no recordaba nada de allí. El señor Halliden prefería residir todo el año en Londres, con alguna escapada ocasional a Brighton o Ramsgate.

—Podrías quedarte hasta Navidad y Año Nuevo. De hecho, los caminos estarán bastante intransitables; lo mejor será que no regreses hasta Pascua, quizás —La señora Halliden se estaba

entusiasmando rápidamente con el plan—. Si Sir Eric puede ser convencido, creo que Sophie querría casarse en mayo o junio, así que no tendrías que volver hasta entonces.

Y si Sir Eric quiere un compromiso más largo, sin duda me animarán a quedarme en Cornualles indefinidamente.

Curiosamente, Evie descubrió que no se oponía completamente a la idea. Su madre podría despreciar Cornualles como un infernal páramo perdido, en las pocas ocasiones que lo había mencionado, pero Evie pensaba que sonaba como una aventura. Y aunque no conocía bien a sus primos, cada vez que había estado en su compañía se habían llevado de maravilla. Sí, echaría de menos a Sophie... pero no extrañaría Londres, ni el tedio que tan a menudo la llevaba a hacer y decir cosas que su madre encontraba tremendamente inapropiadas.

—¿Cómo llegaría allí? —preguntó—. ¿En la diligencia?

—¡De ninguna manera! —exclamó su madre horrorizada—. No, no, contrataremos un carruaje de viaje apropiado con guardias, y una dama de compañía respetable para escoltarte hasta allí. El señor Halliden no escatimará en gastos.

Sin duda; estará encantado de librarse de mí durante el próximo medio año o más. Evie una vez más se tragó las palabras y asintió. —Escribiré a mis primos para avisarles de mi llegada.



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***La Apuesta del Corazón*** ahora!



OTROS LIBROS DE CATHERINE BILSON

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven

¡Vaya, Señorita Molly!

Clara y el Marqués

El Paso en Falso de Anna

La Señorita Eliza Toma las Riendas

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa

El Secuestro de Lord Blaymire

La Novia Fugitiva del Capitán

La Apuesta del Corazón

La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

La Colección del Príncipe Regente

San Jorge y el Monstruo del Río

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones

Relaciones Infames

La Esposa del Señor Bingley

Un Milagro de Navidad en Longbourn

Penas y Agravios

La Segunda Señora Bennet

Un Luto en Longbourn

Los Entrometidos Matlock